1826 2026

El Espíritu sigue diciendo “sí”

Una palabra para los hermanos a los doscientos años



El Espíritu sigue diciendo "sí"

Una palabra para los hermanos a los doscientos años

p. Luis A. Costantino Avila omv
Rector Mayor

PRESENTACIÓN

Queridos hermanos:

Les comparto estas páginas con sincero afecto y el deseo profundo de que sean recibidas como lo que son: una palabra nacida desde el corazón de nuestra vida compartida. Al celebrar el bicentenario de la aprobación pontificia de nuestra Congregación, sentimos la necesidad de regalarnos un tiempo para detenernos, respirar hondo y volver a reconocernos como hermanos unidos por un mismo don.

Este texto no pretende agotarlo todo ni ofrecer soluciones definitivas. Tampoco busca juzgar el pasado ni condicionar el futuro. Es, sencillamente, una invitación a caminar con mayor conciencia, a dejarnos mirar por el Señor y a renovar el «sí» que un día pronunciamos; ese compromiso que, siendo personal, es también eclesial y comunitario, y sigue sosteniendo nuestra misión.

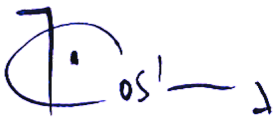
Deseo acompañarlos con respeto y cercanía. No hablo desde fuera ni desde arriba, sino desde la experiencia de sabernos una familia pequeña, frágil y amada. Una familia que conoce luces y cansancios, fidelidades silenciosas y búsquedas sinceras, alegrías profundas y heridas que aún piden cuidado. Todo ello es nuestra historia real y todo lo ponemos, una vez más, en manos del Señor.

Los invito a acercarse a esta reflexión sin prisas y sin defensas, con el corazón abierto. No como quien estudia un documento, sino como quien se deja acompañar. Cada hermano encontrará resonancias distintas según su momento vital y su servicio actual. No buscamos uniformidad, sino comunión.

Ojalá esta lectura nos ayude a escucharnos más, a cuidar la fraternidad confiada y a sostener la esperanza frente a los desafíos. No caminamos solos: nos precede el testimonio de tantos hermanos y nos sostiene la fidelidad del Señor a la obra que Él mismo inició.

Pongo este texto en sus manos con gratitud y confianza. Bajo la mirada materna de María, sigamos caminando juntos, sostenidos por la oración y la amistad fraterna, convencidos de que, en nuestra pequeñez, el Espíritu sigue pronunciando su «sí».

Con afecto fraterno.
Pinerolo, 5 de agosto de 2026.



p. Luis A. Costantino Avila omv
Rector Mayor

NOTA PARA LA LECTURA

El siguiente texto nace más bien del deseo de acompañar el camino personal y comunitario, y pide ser leído con tiempo, pausas y disponibilidad interior. Y piedad por quien lo ha escrito. No es necesario recorrerlo de una sola vez. Puede ser leído por partes, retomado, subrayado o simplemente dejándolo reposar.

Muchas manos han participado en la redacción, a quienes agradezco la confianza y apertura de espíritu. Que cada uno tome de estas páginas aquello que el Señor le regale.

Gracias por la lectura.

INDICE

PRESENTACION 5

NOTA PARA LA LECTURA 7

INTRODUCCION 11

AL PRINCIPIO, LA PALABRA 15
1. Jesús y Pedro caminan sobre el agua 16
2. A las puertas del infierno 21
3. Tinieblas y sombras de muerte 23

PERDONAR Y PEDIR PERDON 27
1. La purificación de la memoria 28
2. Perdonar y pedir perdón 31
2.1 Senderos comunes de reconciliación 32
2.2 El pecado contra la unidad 35
2.3 El pecado contra la dignidad de las personas 39
2.4 El pecado contra la riqueza del carisma 43
3. Celebrar la reconciliación 47

ALTER FUNDATOR 49

INDICE

LA MIRADA EN EL HORIZONTE 53

1. La centralidad del Señor Jesús 55
2. La comunión sinodal 59
3. Al modo mariano 65
4. En favor de los pobres y descartados 67

ACENTOS 73

1. Orar 75
2. Escuchar, discernir y obedecer 77
3. Hacer silencio 79
4. Evitar el aislamiento 81
5. Sostener la esperanza 83
6. Misionariedad 85
7. La pedagogía ignaciana 89
8. Pastoral juvenil vocacional 91
9. La amistad laical 93
10. Con nuestras hermanas 95

CONCLUSION 97

INTRODUCCIÓN

EL 1 de septiembre de 2026, la Congregación de los Oblatos de la Virgen María celebra los 200 años de su aprobación pontificia mediante el Breve *Etsi Dei Filius* del papa León XII.

El «sí» que la Iglesia de Roma confiere a aquella iniciativa nacida en Carignano -y que había ya reunido a Pio Brunone Lanteri, Giovanni Battista Reynaudi, Ignazio Carrera, Giuseppe Loggero, Pietro Vigo Pallavicini, Luigi Craveri, Giovanni Antonio Ferrero y Francesco Biagio Botto- es la formal recepción del carisma que el Espíritu dio a luz en la Iglesia. Mediante la vida y el servicio de estos hombres consagrados a Dios por las manos de María, el buen Dios se hizo presente en medio de su Pueblo. Y a quienes sigan sus huellas, la Madre Iglesia -señalando la Regla de vida escrita por el padre Pio Bruno Lanteri- les dice lo que Jesús al doctor de la Ley: «Ve y procede tú de la misma manera» (Lc 10,37).

Celebramos que, en 200 años, muchos hermanos entregaron sus vidas al servicio del Evangelio de Jesucristo en una comunidad simple y pobre como la nuestra. En diversas geografías y culturas intentaron vivir y testimoniar la caridad y la obediencia de la mejor manera posible. Hoy estamos agradecidos por su fidelidad; no solamente trayendo a la memoria a los más renombrados de nuestra historia, sino también a todos aquellos que fueron luminosos viviendo en silencio y recogimiento.

Damos gracias al Padre y al Hijo porque la vida que el Espíritu Santo derrama por mediación de nuestra comunidad no se detuvo por causa de nuestro pecado. El mismo Espíritu que en la Iglesia dijo «sí» dos siglos atrás es el que sigue diciendo «sí» a cada comunidad reunida en torno al carisma lanteriano y a todas ellas en su conjunto. Celebramos y agradecemos, temerosos y temblorosos, la profunda confianza que el Señor deposita en los Oblatos de María Santísima.

Porque el carisma no nos pertenece, sino que nos es confiado. Es del Espíritu de Dios y es de la Iglesia de Cristo; es una palabra profética que sale de su boca y no vuelve a él estéril, sino que realiza todo lo que él quiere y cumple la misión que él le encomendó (cf. Is 55,11). Y, sin embargo, como todo lo que proviene de Dios, lo recibimos por

testimonio -palabras y gestos- de nuestros hermanos mayores. Es un don gratuito, nace del puro amor del Señor para dar continuidad a su propio modo de estar en medio de los hombres, para servir y no buscando ser servidos; brota de la comunión con la Iglesia, nunca por fuera de ella, para que por fin venga el Reino prometido, anticipado y anhelado.

El carisma lanteriano, como todo don personal o comunitario en la Iglesia, es encarnado: está al servicio del Evangelio, ilumina a todo hombre en su real contexto cultural y en sus precisas coordenadas históricas, se expresa en modos humanos, cuenta no solo con los talentos personales, sino también con la constitutiva fragilidad humana, abraza la cruz y hace llevaderas todas las cruces. No estoy seguro de que sea correcto decir que poseemos un carisma, sino que más bien hemos sido abrasados por un fuego apasionante hecho don de la Iglesia para el mundo.

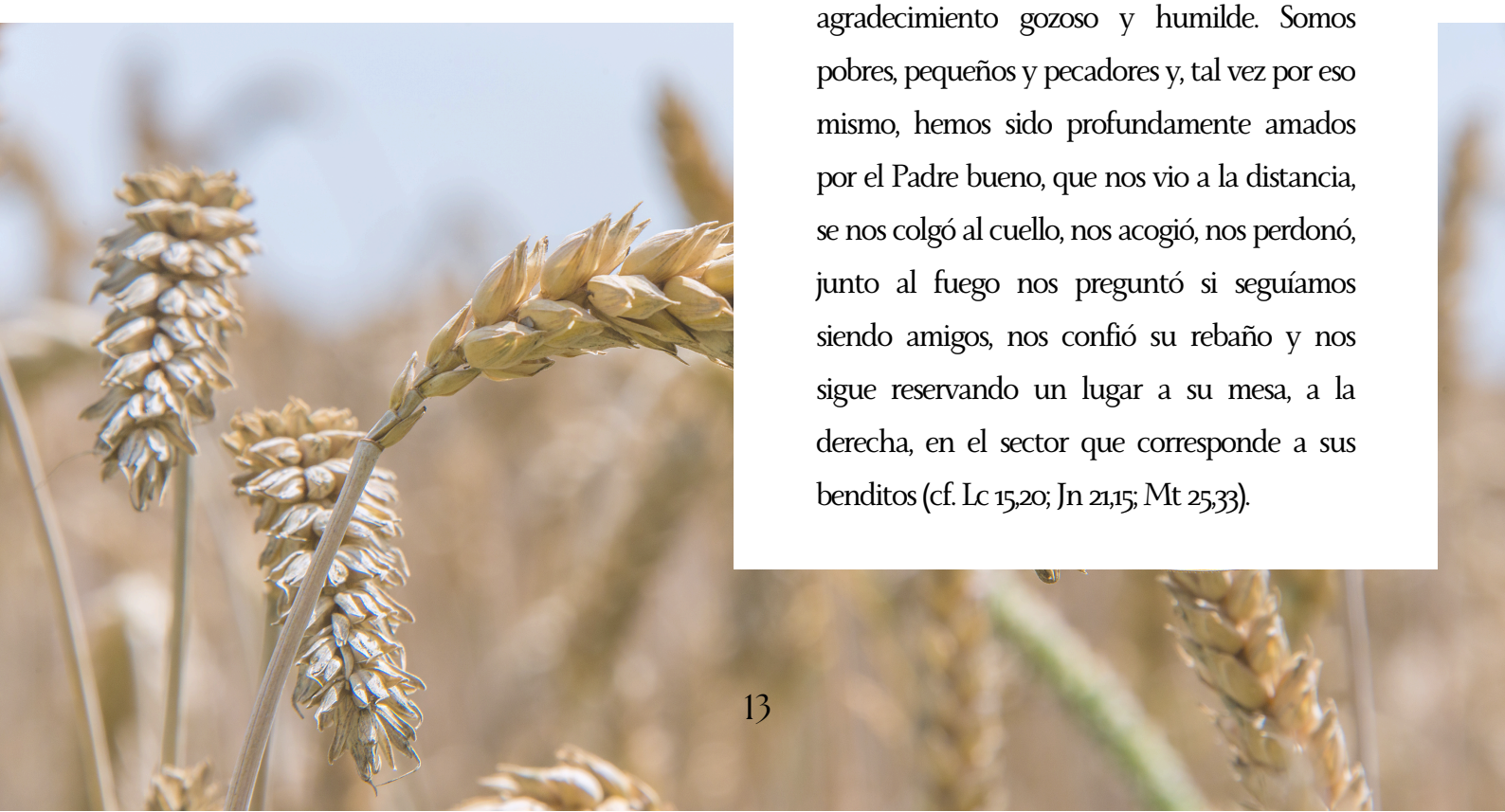
Celebramos que los hermanos que nos precedieron interpretaron en sus propias vidas las implicaciones de ese carisma para ellos mismos y para su ministerio en medio del Pueblo. Unos partieron a otras tierras y otros se adentraron en el estudio y la enseñanza. Mientras unos sintieron el llamado a dedicar largas horas en la confidencialidad del confesionario, otros se entregaron por largos períodos a la predicación en templos y conventos, en plazas o incluso debajo de un árbol. Interpelados por aquel buen sacerdote piamontés de salud frágil y tenacidad inversamente proporcional a su salud, no han sido pocos los que se reconocieron íntimamente interpretados en sus búsquedas personales y asumieron el carisma como expresión de la propia madurez humana y espiritual. Entonces, unos encontraron plenitud en una vida oculta con Cristo en Dios y otros encauzaron su elocuencia y vivacidad en la predicación y animación pastoral. Mientras unos construían templos y catedrales, otros optaban por la pura intemperie. Unos se destacaron por su modo de conducir a los hermanos y otros por su obediencia. Unos supieron involucrarse directamente con la gente más sencilla y postergada; otros salieron al encuentro de mandatarios y gobernantes. De una u otra forma, todos experimentaron personalmente que ese carisma de origen divino les impulsó a salir de sí mismos y a identificarse con Cristo Jesús. Fueron tantos los oblatos que no se sintieron autorizados a contentarse -aunque el mundo se les hubiese venido abajo- «con llevar una vida tranquila, de jubilado acomodado, sin molestias ni sufrimientos». Más aún, previeron claramente que «si la Congregación misma no tuviera otra preocupación que la de cerrar convenientemente los balances de cada año, sin preocuparse por los programas o los deberes, podríamos estar seguros de que dentro de cien años ni siquiera quedaría la semilla de los Oblatos. Pero, gracias a Dios, aún no somos decadentes ni estamos acabados» [1].

[1] P. Domenico Pechenino omv, Rector Mayor, Dopo la Celebrazione Centenaria, 2 de marzo de 1927.

Sin embargo, es correcto decir que, a lo largo de estos dos siglos, hubo hermanos que tomaron decisiones y emprendieron acciones que, en ocasiones, generaron dificultades o incomprensiones. No obstante, incluso cuando sus iniciativas no fueron siempre perfectamente acertadas, no podemos dejar de reconocer que en todas ellas latía un deseo profundo de fidelidad a la misión recibida y al carisma que les fue confiado. Las imprudencias o errores no niegan la autenticidad de la entrega, sino que muestran la complejidad del caminar humano y las dificultades inherentes al discernimiento del modo más adecuado de vivir la propia vocación en contextos históricos cambiantes. Así, el conjunto de obras y opciones realizadas a lo largo de la historia por la Congregación refleja, pese a todo, la búsqueda sincera de responder al Espíritu y servir a la Iglesia, aun cuando el resultado no siempre haya sido el esperado.

Reconocemos que todo carisma proviene de Dios como semilla y que a él debe retornar lleno de frutos; por eso, nos toca hoy a nosotros -a cada uno y a todos- dar continuidad a la cordial acogida del don del Espíritu e interpretarlo existencialmente, sin abandonarlo en la esterilidad de la incomprensión, de la inconstancia, de las preocupaciones o abrumado por las riquezas (cf. Mt 13,19-22). ¿Es posible ser infieles a esa semilla? Sí, cada vez que nos divorciamos del amor a Dios y a los hermanos. Y en ese aspecto, cada uno de nosotros deberá examinar la propia conciencia y dejarse convencer nuevamente de que, sin caridad, nuestra congregación se vuelve irrelevante y cada una de sus obras, por más espirituales que aparezcan, no será más que una carga pesada en las espaldas del Pueblo de Dios (cf. 1 Cor 13).

De todos modos, este es tiempo de agradecimiento gozoso y humilde. Somos pobres, pequeños y pecadores y, tal vez por eso mismo, hemos sido profundamente amados por el Padre bueno, que nos vio a la distancia, se nos colgó al cuello, nos acogió, nos perdonó, junto al fuego nos preguntó si seguíamos siendo amigos, nos confió su rebaño y nos sigue reservando un lugar a su mesa, a la derecha, en el sector que corresponde a sus benditos (cf. Lc 15,20; Jn 21,15; Mt 25,33).



AL PRINCIPIO, LA PALABRA

Te invito a entrar en esta sección sin prisa, dejando que la Palabra te lea a ti.

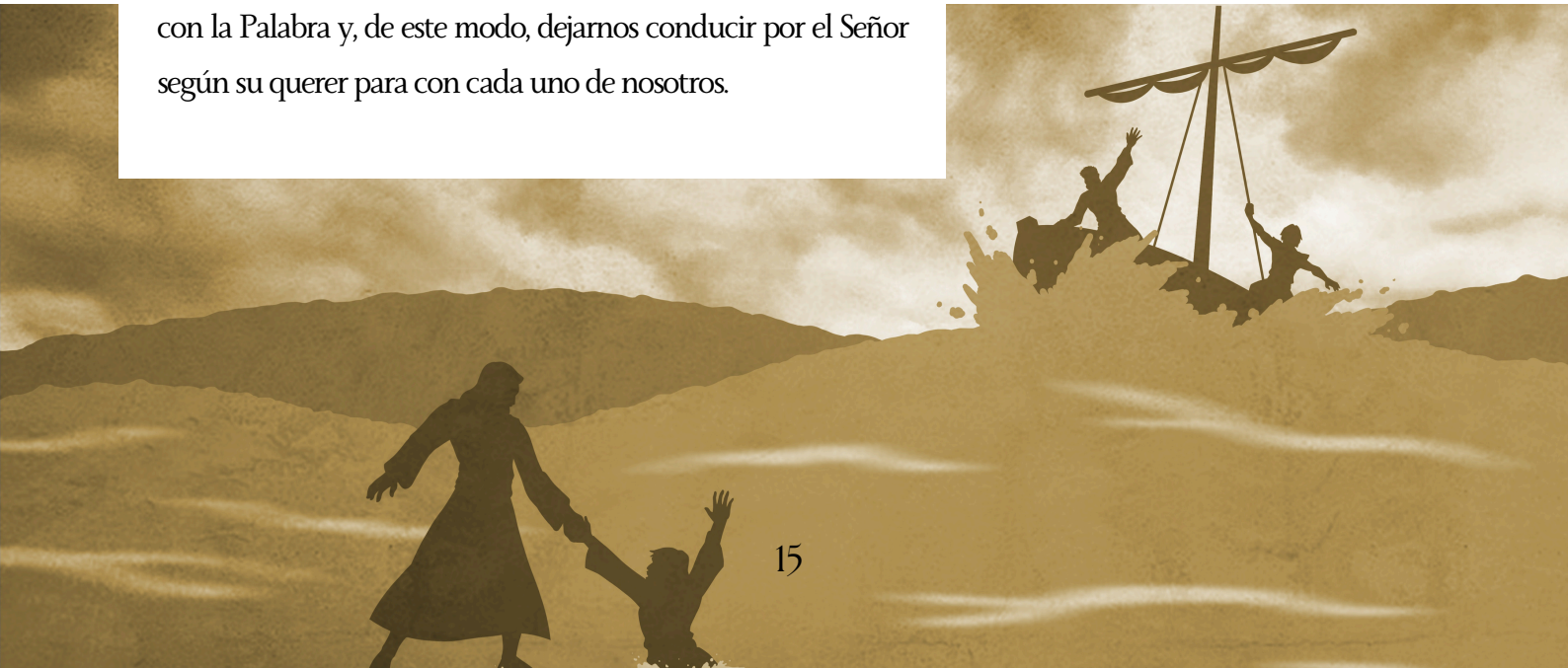
QUISIERA

comenzar esta reflexión invitándote a confrontarnos con la Palabra de Dios, en especial con los textos bíblicos sugeridos en el párrafo inicial del Breve *Etsi Dei Filius*.

No tengo la intención de proponer ninguna exégesis o tratado, sino que deseo invitar a tomar los textos mismos para escucharlos en el corazón, para meditarlos y detenernos en contemplación amorosa.

Los dos primeros textos que propongo están ligados a la fe y la confianza de Pedro en el Señor Jesús. El tercero -aunque no es un solo texto- funciona más bien como un enlace para presentar a los padres Lanteri y Reynaudi.

Con mucha simplicidad de espíritu, entonces, te invito a orar con la Palabra y, de este modo, dejarnos conducir por el Señor según su querer para con cada uno de nosotros.



1.

JESÚS Y PEDRO CAMINAN SOBRE EL AGUA

MT 14,22-33

«Luego de la multiplicación de los panes, Jesús obligó a los discípulos que subieran a la barca y pasaran antes que él a la otra orilla, mientras él despedía a la multitud. Después, subió a la montaña para orar a solas. Y al atardecer, todavía estaba allí, solo. La barca ya estaba muy lejos de la costa, sacudida por las olas, porque tenían viento en contra.

A la madrugada, Jesús fue hacia ellos, caminando sobre el mar. Los discípulos, al verlo caminar sobre el mar, se asustaron. "Es un fantasma", dijeron, y llenos de temor se pusieron a gritar. Pero Jesús les dijo: "Tranquilícense, soy yo; no teman".

Entonces Pedro le respondió: "Señor, si eres tú, mándame ir a tu encuentro sobre el agua". "Ven", le dijo Jesús.

Y Pedro, bajando de la barca, comenzó a caminar sobre el agua en dirección a él. Pero, al ver la violencia del viento, tuvo miedo, y como empezaba a hundirse, gritó: "Señor, sálvame". En seguida, Jesús le tendió la mano y lo sostuvo, mientras le decía: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?"

En cuanto subieron a la barca, el viento se calmó. Los que estaban en ella se postraron ante él, diciendo: "Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios"».



Tal vez pueda resultarnos enriquecedor comprender qué Iglesia tiene ante sus ojos el pontífice para que el texto del Breve describa la realidad y al papa mismo caminando sobre las aguas. Es una tarea que, obviamente, dejamos a los historiadores, quienes nos han ayudado y continuarán haciéndolo para que podamos acercarnos cada vez más al contexto histórico en el que nuestra pequeña comunidad daba sus primeros pasos. Sin embargo, lo que sí importa hoy es dejarnos interpelar nuevamente por la imagen con la que el texto ilumina la vida, para así comprenderla mejor. Porque, como dijimos, nuestra fidelidad se juega en este tiempo, en estas coordenadas geográficas y en profunda cercanía a la humanidad que las transita construyendo su propia historia. La narración bíblica del Evangelio de Mateo es una bella imagen de la fe del apóstol Pedro.

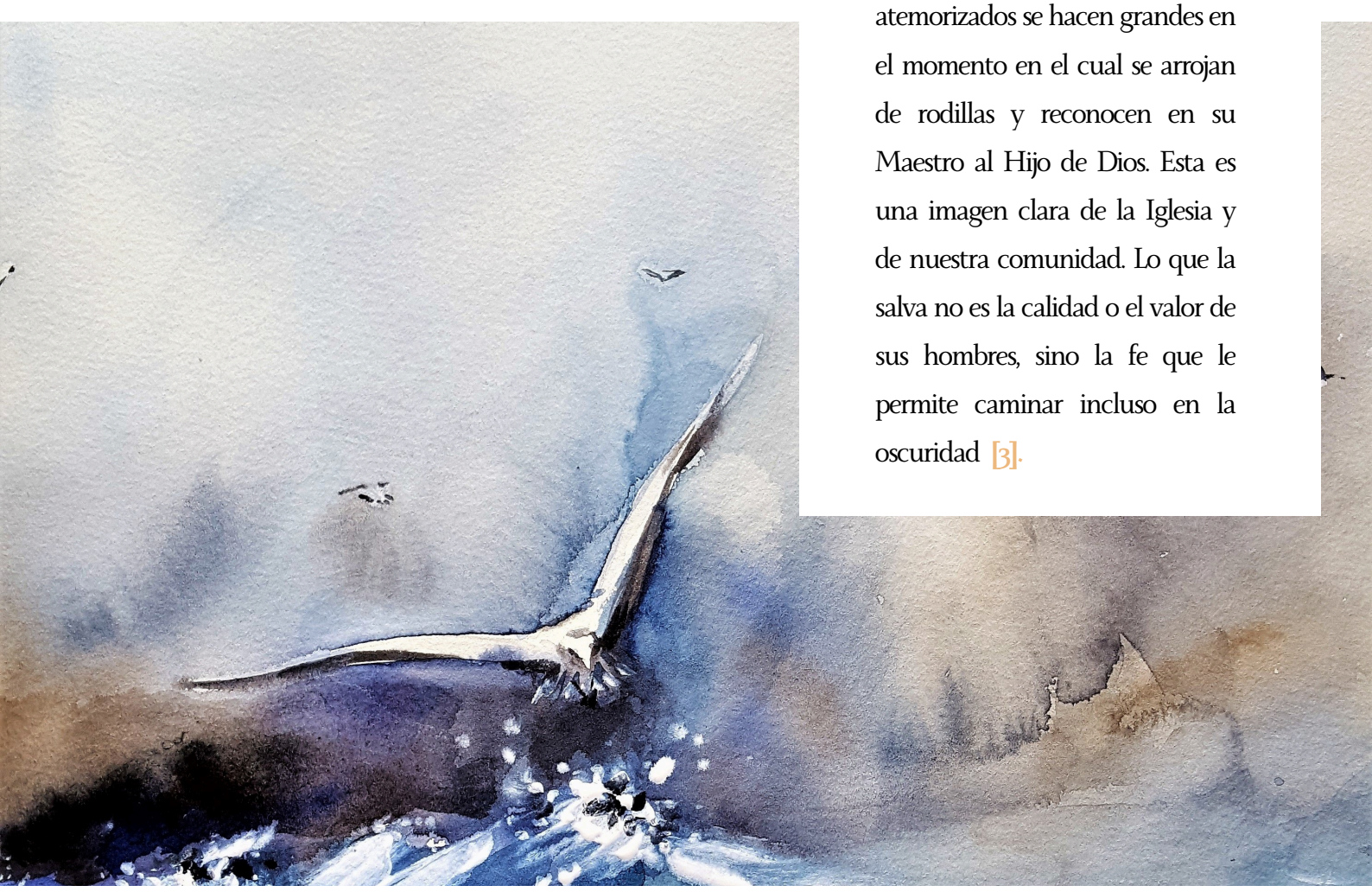
En la voz de Jesús que le dice: «¡Ven!», él reconoce el eco del primer encuentro en la orilla de ese mismo lago y, una vez más, deja la barca y va hacia el Maestro. ¡Y camina sobre las aguas! La respuesta confiada y rápida a la llamada del Señor nos hace realizar siempre cosas extraordinarias. Pero Pedro comienza a hundirse en el momento en que deja de mirar a Jesús y se deja envolver por las adversidades que lo rodean. De forma similar a la de Pedro es la fe de la comunidad lanteriana: siempre frágil y pobre, inquieta y victoriosa; la fe de los oblatos sigue caminando al encuentro del Señor resucitado, en medio de las tormentas y los peligros del mundo.

¿Podemos enunciar y describir las tormentas que castigaron a nuestra pequeña barca con peligro de hundirla? No me refiero tanto a los pecados por los que pediremos perdón, sino a los sufrimientos que, en solidaridad con la Madre Iglesia, también nuestra comunidad debió aceptar. ¿Cuáles fueron? Desde tu entrada a la congregación, ¿qué adversidades han venido golpeando a la comunidad? ¿Cómo las enfrentó la comunidad y cómo lo hiciste tú personalmente? Más adelante podremos leer un breve testimonio sobre una situación puntual que seguramente será esclarecedor.

Es posible que los hermanos, en idénticas tormentas, hayan ofrecido respuestas distintas y hasta contradictorias; incluso experimentaron tal vez incertidumbre y desconfianza en la capacidad de la barca para evitar el naufragio. Algunos, aun sin bajarse de ella, se mantuvieron a una distancia lo suficientemente «prudente» como para evitarse el cansancio de remar con viento en contra y la desesperación común cuando todo parecía llegar a su fin.

Las dificultades que el mundo arroja contra la barca suelen poner en jaque los liderazgos comunitarios, tanto los formales como los informales. A veces, estos no han estado a la altura de las exigencias. Y, sin embargo, tenemos que reconocer agradecidos que, como Pedro, hay en nuestra historia una nube de testigos que saltaron de la barca no para abandonarla, sino para traer a Jesús a ella, aun a costa de la propia vida [2].

En la escena final del texto que estamos contemplando, cuando Jesús sube a aquella barca, el clima cambia enseguida: todos se sienten unidos en la fe en Él. Todos los pequeños y atemorizados se hacen grandes en el momento en el cual se arrojan de rodillas y reconocen en su Maestro al Hijo de Dios. Esta es una imagen clara de la Iglesia y de nuestra comunidad. Lo que la salva no es la calidad o el valor de sus hombres, sino la fe que le permite caminar incluso en la oscuridad [3].

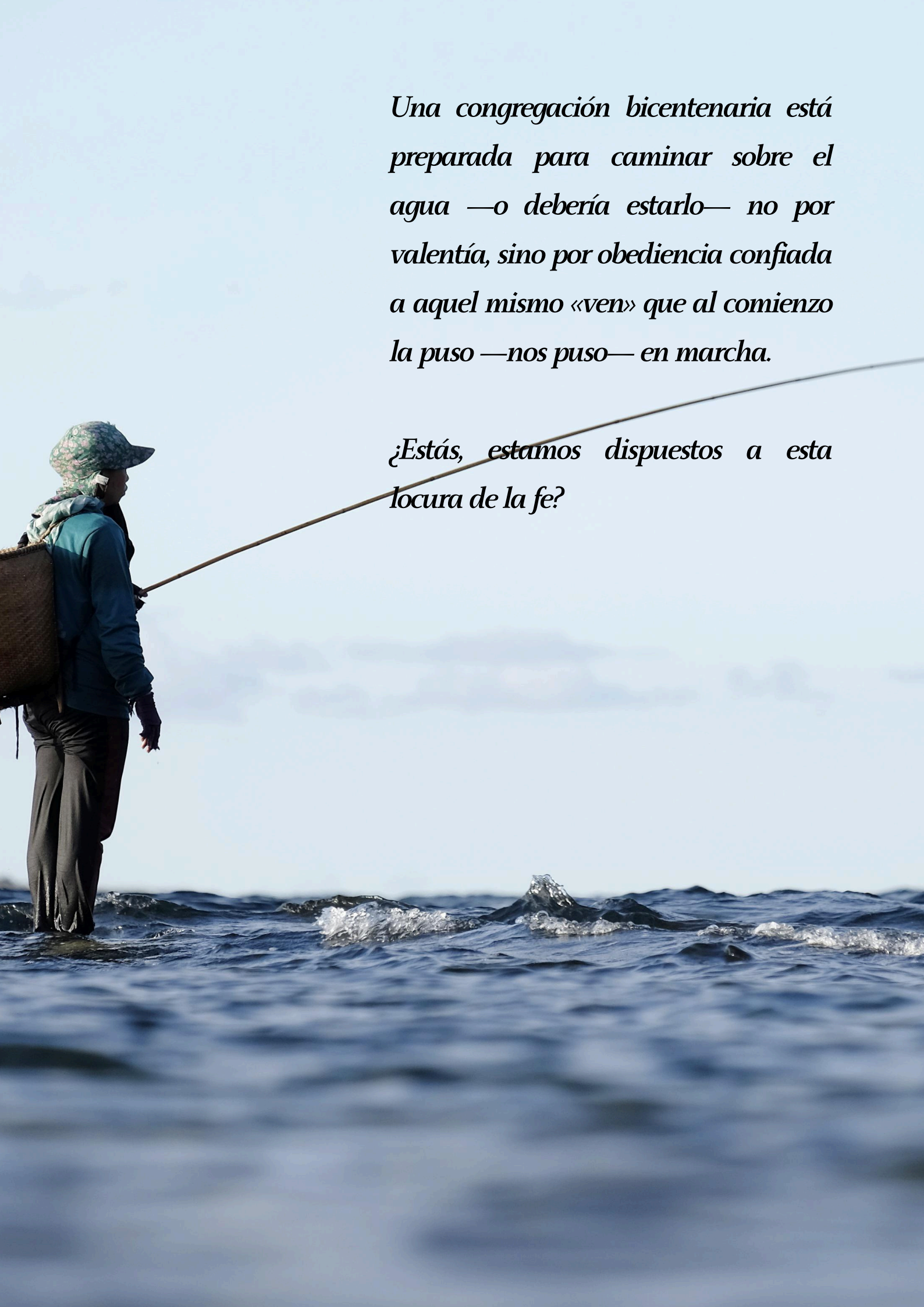


[2] Pienso ahora en los padres Felice Prinetti, Rafael Melis y Luis Pinamonti, solo unos ejemplos.

[3] Cf. Papa Francisco, Meditación del Angelus del 10 de agosto de 2014.

Una congregación bicentenaria está preparada para caminar sobre el agua —o debería estarlo— no por valentía, sino por obediencia confiada a aquel mismo «ven» que al comienzo la puso —nos puso— en marcha.

¿Estás, estamos dispuestos a esta locura de la fe?



2.

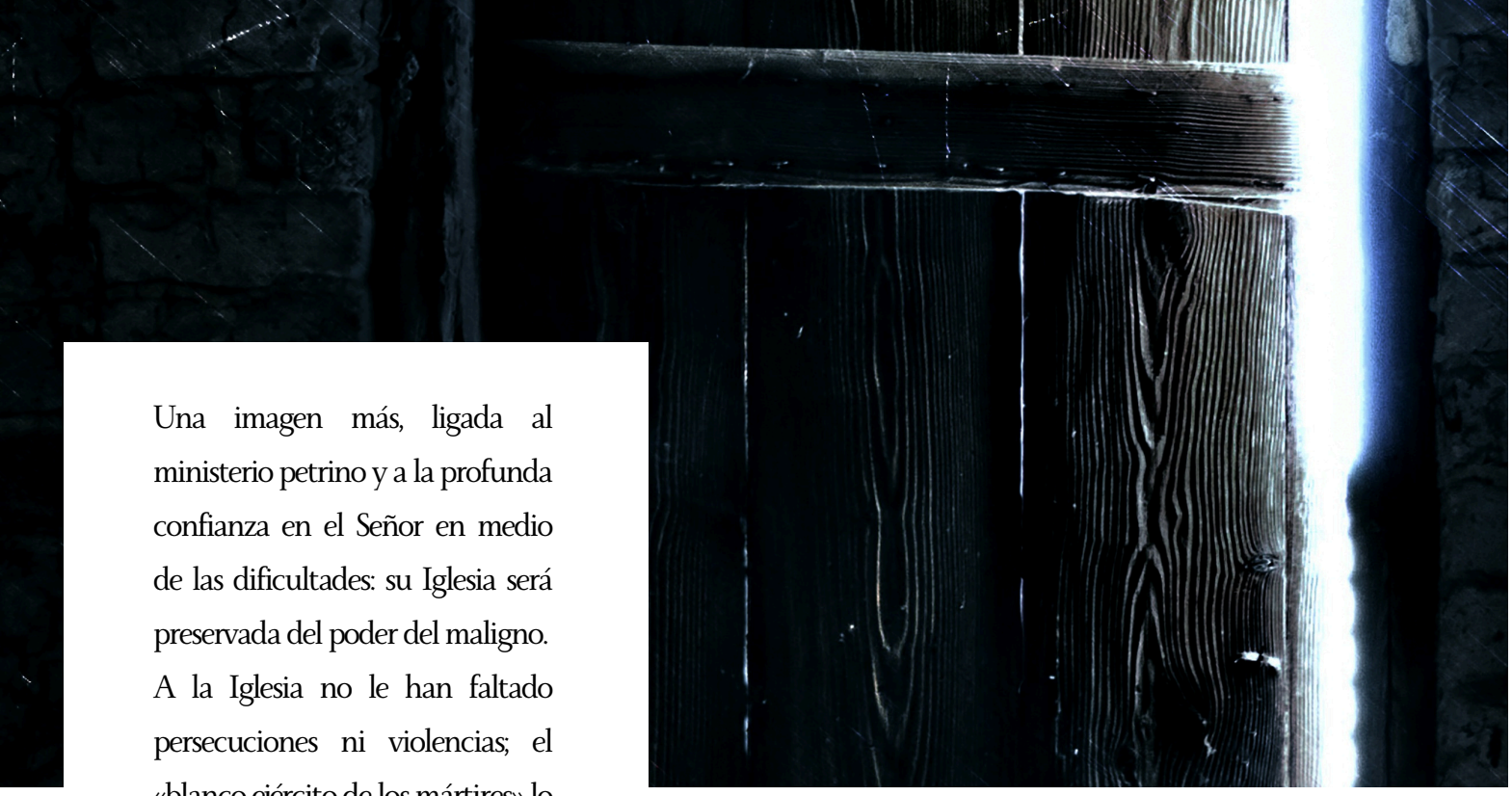
A LAS PUERTAS DEL INFIERNO

MT 16,13-19

«Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: "¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?".

Ellos le respondieron: "Unos dicen que es Juan el Bautista; otros Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas".
"Y ustedes, les preguntó, ¿quién dicen que soy?"
Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo"

Y Jesús le dijo: "Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo"».



Una imagen más, ligada al ministerio petrino y a la profunda confianza en el Señor en medio de las dificultades: su Iglesia será preservada del poder del maligno. A la Iglesia no le han faltado persecuciones ni violencias; el «blanco ejército de los mártires» lo atestigua firmemente a lo largo de los siglos. Y, sin embargo, no es ese el mal que más fuerte la golpea y hiere. El mayor daño, de hecho, lo padece esta a causa de lo que contamina la fe y la vida cristiana de sus miembros y de sus comunidades, erosionando la integridad del Cuerpo, debilitando su capacidad de profecía y de testimonio, y empañando la belleza de su rostro. La promesa de Jesús comprende las experiencias históricas de persecución, pero va todavía más allá, pues busca asegurar la protección sobre todo contra las amenazas de orden espiritual: las divisiones e incoherencias, los egoísmos y vanidades, el orgullo y el apego al dinero [4].

Del corazón humano proviene la maldad (cf. Mt 15,19); por eso, la palabra del Señor garantiza que la gracia siempre será mayor que el pecado de los cristianos. A nosotros nos toca, por tanto, secundar la gracia, hacernos discípulos de ella, de modo que evitemos a la Madre Iglesia el sufrimiento de sus hijos y hermanos nuestros. El cuidado de la Iglesia radica en nuestra libertad frente al espíritu de la mundanidad, que siempre tiende a infiltrarse en nuestras fraternidades con el fin de contaminarlo todo. El mismo Pedro -a renglón seguido- debió aprender, por la pedagogía de Jesús, que no es posible evitar la cruz si de verdad amamos al Señor y a su Iglesia. La comunión eclesial -a costa de cualquier sacrificio- está inscrita en el ADN de los Oblatos de la Virgen María. Entonces, ¿de qué manera, de aquí en adelante, estaremos dispuestos -personal y comunitariamente- no solo a cuidarla, sino a acrecentarla, trabajando por ella para que sea salvífica, visible y gozosa?

[4] Cf. Benedicto XVI, Homilía del 29 de junio de 2010

3.

TINIEBLAS Y SOMBRAS DE MUERTE

El primer párrafo del Breve presenta una mirada sobre la realidad que puede resultarnos negativa cuando considera que el mundo entero está bajo el poder del Maligno (cf. 1 Jn 5,19). Sin embargo, siempre con trasfondo bíblico, el texto invita a la misión confiada siendo sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-14), como los apóstoles que han sido enviados por el mismo Señor, quien no cesará de convocar obreros para trabajar en su viña (cf. Mt 9,37-10,1; 20,2). En este contexto, entonces, aparecen Lanteri y Reynaudi, «consagrados totalmente al saludable propósito de la formación del clero y la evangelización de los fieles». Ambos son hombres valerosos y han sido suscitados por la misericordia del Señor para conservar la fe de los pueblos y preservarlos de los errores de quienes yacen en tinieblas y en sombras de muerte (cf. Lc 1,68-79). Reynaudi, Lanteri y sus compañeros, mediante su ministerio y entrega personal, son la entrañable y misericordiosa visita del Señor a su pueblo: como un médico a los enfermos, nos salió al encuentro [5].

[5] Beda, el Venerable, en su Homilía para el nacimiento de Juan el Bautista agrega que el Señor «nos ha traído la verdadera luz de su conocimiento y, habiendo disipado las tinieblas del error, nos ha mostrado el camino seguro hacia la patria celestial. Ha dirigido los pasos de nuestras obras para hacernos caminar por la senda de la verdad, que nos ha mostrado, y para hacernos entrar en la morada de la paz eterna, que nos ha prometido». Omelie sul Vangelo, ed. Città Nuova, Roma 1990.

La mirada de la realidad, al hacer referencia al texto de Lucas, nos invita a poner el oído en aquel otro pasaje que el evangelista contempla desde la novedad de la Encarnación. En el «Libro del Emanuel» del profeta Isaías (Is 7-12) se describe la sensación de abandono y derrota que vive el pueblo y para ello se vale de la imagen de la «tiniebla y sombra de muerte» (Is 9,1). No se trata solo de sentimientos de tristeza, sino de la experiencia del derrumbe colectivo. El cansancio de ese pueblo es el mismo cansancio del hombre moderno que ha perdido la esperanza. Sin embargo, allí mismo -como a lo largo de todo el bloque- se acentúan los contrastes: la luz que brilla a los ojos del pueblo caminante en la oscuridad, el gozo y la alegría como en la cosecha, el yugo hecho pedazos [6], el fuego que consume las ropas ensangrentadas. «Porque un niño nos ha nacido» (Is 9,5). En un mundo que a menudo es duro con el pecador y condescendiente con el pecado, necesitamos cultivar un fuerte sentido de la justicia... pero también de la ternura. La señal que Isaías da no es un monumento o un ejército; es un niño [7]. Hemos mencionado brevemente la esperanza que parece estar ausente en el corazón del hombre moderno. Decimos que «solo parece» porque, a pesar de los males sueltos en este mundo, la esperanza permanece entre los hombres -aunque oculta- siempre al alcance de la mano y en la presencia mansa de sus testigos [8]. Más adelante retomaremos la invitación al cuidado de la esperanza.

Para concluir con nuestra reflexión personal, tal vez podamos volver sobre algunas palabras que parecen proponerse por sí mismas: la visita del Señor a su pueblo; la valentía, referida a los primeros oblatos; el rescate de quien vive oprimido en la oscuridad. Y acerquémonos para ver mejor las formas de asfixia que vive nuestro mundo, las opciones y mecanismos de muerte que se le presentan como irrenunciables.

[6] «Como en el día de Madián» (Is 9,4) hace referencia a la victoria de Gedeón sobre Madián, pero con un ejército reducido porque Dios no quiere que Israel se gloríe a expensas suyas, «diciendo: es mi mano la que me salvó».

[7] Francisco, Homilía 24 de diciembre de 2015.

[8] En la mitología griega, aunque sin unanimidad, se cree que la esperanza Elpis es hija de la noche Nix. Y entre sus hermanos se cuentan la muerte Tánatos, el caos y los dolores Eris y Keres y la desesperanza Moros. El ánfora de Pandora, al ser abierta, dejó en libertad todas las formas del mal -los «hermanos»- pero aún sigue conservando en su seno, escondida, la esperanza.



¿De qué manera nos haremos presentes en esos infiernos? ¿Preferiremos señalar a distancia el mal y el pecado o, con valentía y ternura, nos acercaremos a sus víctimas?



PERDONAR Y PEDIR PERDÓN

Estas páginas piden ser leídas con delicadeza y verdad, cuidando la propia historia y la de los hermanos.

«Es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la palabra de la reconciliación. Por eso, les suplicamos en nombre de Cristo: Déjense reconciliar con Dios» (2 Co, 5,19-20)

LAS celebraciones de «números redondos» suelen crear el clima propicio para los sinceros pedidos de perdón, unidos al propósito de ser mejores en cuanto de nosotros dependa. Por eso, con ocasión del bicentenario de la aprobación pontificia, es conveniente inclinarnos humildemente ante el juicio del Señor y pedir perdón. Más aún, es una muy buena oportunidad para ofrecer nuestro perdón sincero a quien nos hubiere ofendido.

Por eso, a continuación, presento algunas sugerencias:

1- Para profundizar, personal y comunitariamente, en la purificación de la memoria.

2- Para pedir perdón y perdonar, teniendo presentes algunos de los aspectos más importantes de nuestra historia.

3- Para celebrar la reconciliación junto con el santo Pueblo fiel de Dios.

1.

LA PURIFICACIÓN DE LA MEMORIA

Al papa san Juan Pablo II le debemos aquella bella iniciativa transformada en signo intenso del Jubileo del año 2000. Purificar la memoria consiste en ese proceso orientado a liberar la conciencia -personal y común- de todas las formas de resentimiento o de violencia que la herencia de culpas del pasado pueda habernos dejado. Requiere un acto de coraje y de humildad en el reconocimiento de las deficiencias cometidas por cuantos se gloriaron y glorían de llevar el nombre de Oblatos de la Virgen María [9]. La convicción de fondo es la profunda e incondicional confianza en la fuerza de la Verdad.

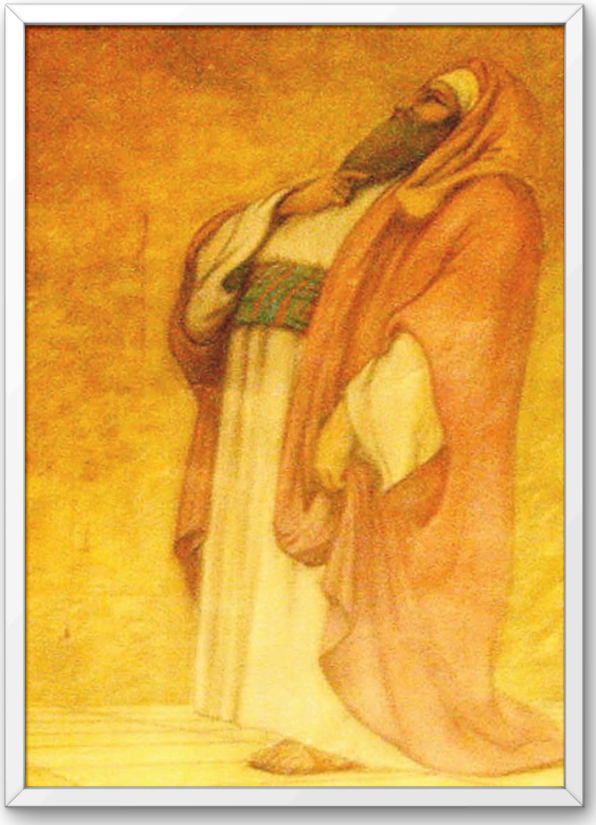
Siguiendo aquel ejemplo propuesto por el papa Juan Pablo II con ocasión de la llegada del nuevo milenio, también nosotros aceptamos la invitación a la purificación de la memoria, perdonando y pidiendo perdón. Con el mismo espíritu de la Iglesia que pidió perdón por las culpas de sus hijos, nuestra congregación abraza a los suyos, del pasado y del presente, en una comunión real; asumiendo el peso de las culpas sobre sí para vivir la renovación del corazón y de la vida según la voluntad del Señor.

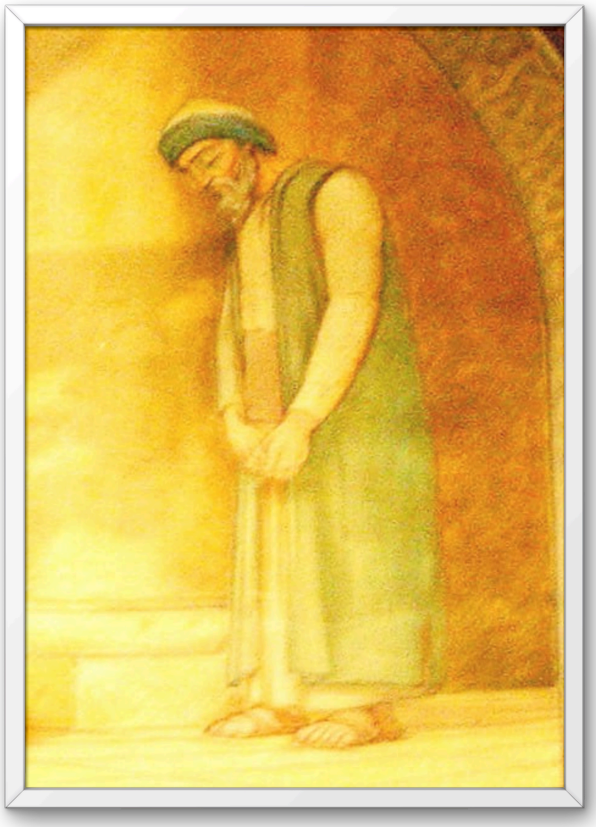
La finalidad última de todo acto de purificación de la memoria consiste en vivir la obediencia a la Verdad divina y a sus exigencias, lo que nos conduce a confesar, junto con nuestras culpas, la misericordia y la justicia eterna del Señor. La confessio peccati abre paso a la confessio laudis dirigida a Dios, porque está sostenida e iluminada por la confessio fidei. La Verdad que conduce, libera y salva (cf. Jn 14,6), y ante cuya sola presencia es posible reconocernos necesitados de perdón, nos apremia a reconciliarnos por Él y con Él, único Salvador del mundo, para ser capaces de ofrecer el perdón a cuantos nos hubieran ofendido [10].

[9] Oración por la Congregación del p. Melis.

[10] Puede ser de utilidad la profundización del documento emanado por la Comisión Teológica Internacional, «Memoria y Reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado», del 7 de marzo de 2000.

La prontitud para pedir perdón y perdonar puede ponernos a la defensiva, en la medida en que aparecen temores -personales y comunitarios- de que las viejas heridas sean reabiertas y maltratadas. Muchas veces preferimos, precisamente para evitar dolores reiterados, no tocar determinados temas. Y, sin embargo, la experiencia nos dice que eso que intentamos evitar y posponer sigue omnipresente; está allí sin ser del todo nombrado, pero constantemente al acecho, creando y sosteniendo conductas que, por el simple paso del tiempo, terminan convirtiéndose en estructuras pesadas de las que, aun deseándolo, no podemos huir fácilmente. Estamos invitados a pedir perdón y perdonar aquello que ha significado una ruptura con el Evangelio y cuyas consecuencias aún persisten en el presente, con riesgo cierto de reeditarse o ya muy bien camufladas y asumidas con resignación. En ese sentido, una inteligencia correcta de los eventos y palabras del pasado nos permitirá descubrir su potencialidad y estímulo para modificar el presente, a la vez que suscitará algo nuevo gracias a la libertad de la memoria. En este contexto, debemos estar muy atentos a la tentación de la dispersión que suele acechar a las conciencias que se disponen a la reconciliación, intentando desviar la mirada hacia una multitud de errores y fracasos, conflictos propios de la convivencia humana o antipatías personales, evitando así tocar el núcleo del pecado.





Permítanme sencillamente traer a la memoria dos ejemplos significativos que, estoy seguro, nos ayudarán a comprender mejor la invitación a la que somos convocados.

El papa Benedicto XVI, habiendo escuchado numerosas denuncias, se dirigió a los católicos de Irlanda por causa de la gravedad de los delitos de abuso «y la respuesta a menudo inadecuada que han recibido por parte de las autoridades eclesiásticas» en esa nación. El Santo Padre se mostró cercano y propuso explícitamente «un camino de curación, renovación y reparación». A la vez que invitó a transitar ese camino de reconciliación, en nombre de la Iglesia se hizo eco de «la vergüenza y el remordimiento que sentimos todos» [11].

Posteriormente, fue el papa Francisco quien se hizo presente en el camino de sanación que la Iglesia en Chile debería asumir también por causa de las heridas de los abusos cometidos y encubiertos en las precedentes décadas. Los enviados especiales de la Santa Sede habían manifestado «sentirse abrumados por el dolor de tantas víctimas». Más tarde, los obispos fueron convocados a Roma con el objetivo de discernir «medidas que a corto, medio y largo plazo deberán ser adoptadas para restablecer la comunión eclesial en Chile, con el objetivo de reparar en lo posible el escándalo y restablecer la justicia». Por su parte, concluyó el Papa, «reconozco y así quiero que lo transmitan fielmente, que he incurrido en graves equivocaciones de valoración y percepción de la situación, especialmente por falta de información veraz y equilibrada. Ya desde ahora pido perdón a todos aquellos a los que ofendí y espero poder hacerlo personalmente» [12].

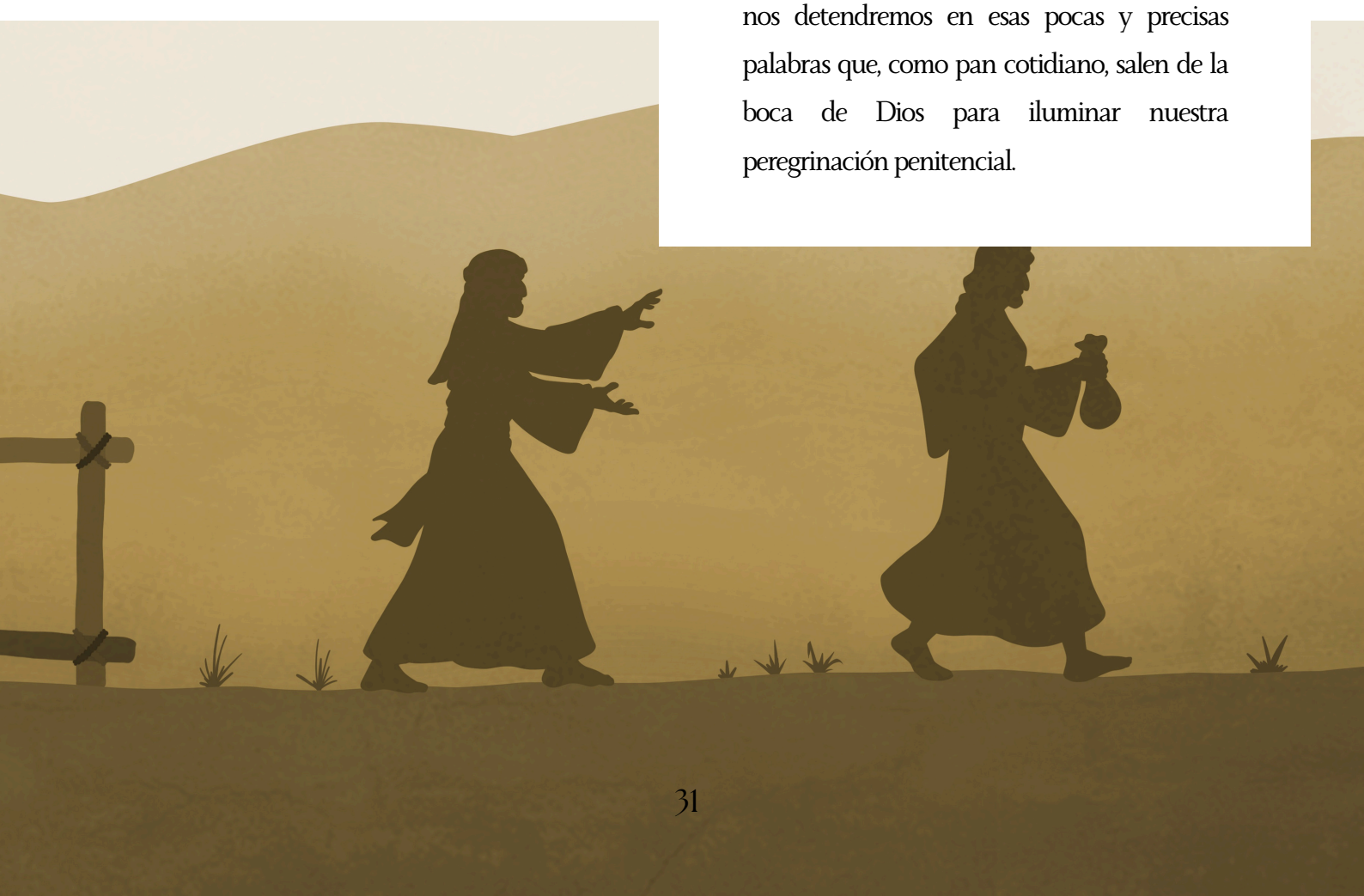
[11] Carta Pastoral del Santo Padre Benedicto XVI a los católicos de Irlanda, 19 de marzo de 2010.

[12] Carta del Santo Padre Francisco a los señores obispos de Chile tras el informe de S.E. Mons. Charles J. Scicluna, 8 de abril de 2018.

2.

PERDONAR Y PEDIR PERDÓN

Para adentrarnos en el maravilloso misterio de la compasión divina, con la simplicidad de los niños, prestaremos oído y daremos voz a la oración que el Señor nos enseñó y nos enseña cada día: «Ustedes oren de esta manera: [...] perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos han ofendido» (Mt 6, 9.12). Ciertamente, es la oración que aprendimos desde pequeños y la que ha generado más comentarios que ninguna otra; pero -y perdón por la insistencia- con la sencillez propia de los niños nos detendremos en esas pocas y precisas palabras que, como pan cotidiano, salen de la boca de Dios para iluminar nuestra peregrinación penitencial.



2.1 SENDEROS COMUNES DE RECONCILIACIÓN

De nada servirá preparar un documento formal o una oración pidiendo perdón «por los errores del pasado» si cada uno, personalmente, no se hace cargo de los propios en el presente. Por eso, la primera invitación es a dejarnos reconciliar personalmente con el Señor, para transitar este tiempo de gracia con la esperanza de ser misericordiosos, como el Padre lo está siendo con cada uno de nosotros en este preciso instante. Sin un humilde y sincero reconocimiento del propio pecado, correríamos el riesgo de transformar el llamado a la conversión en mutuas acusaciones o en la búsqueda frenética de chivos expiatorios. La contrición personal prepara y enriquece la comunitaria.

Porque no pudimos desentendernos del pecado del mundo, del que nos hemos hecho cómplices solidariamente y al que, con mayor o menor conciencia, hemos dado cabida en nuestras fraternidades. Será tarea de todos reconocer humildemente que también «en casa» hemos vivido bajo criterios mundanos sin preocuparnos demasiado; es más, algunas veces incluso los alimentamos y sostuvimos. En ese sentido, la mirada de santa Teresa de Ávila es muy esclarecedora, pues ella denunciaba con agudeza el daño que sufrían las jóvenes que, con altos ideales y deseos de abandonar el mundo, ingresaban al monasterio, pero tristemente no se encontraban con el Señor «en religión», sino más bien con «diez veces el mismo mundo" que habían deseado dejar atrás. «Y todo esto muy justificado y tenido por bueno. Grandísimo mal de religiosos adonde no se guarda religión» [13].

Es posible que la identificación personal con lo que mencionaremos a continuación sea dispar o incluso nula. No es necesario ir a buscar pecados para reconocernos pecadores. Y, como lo diremos más adelante, lo que vivió un grupo de hermanos en una determinada región y época no lo vivieron otros o, tal vez, con un distinto grado de madurez, fue reconocido y asumido con mayor simplicidad. Perdón por la insistencia o por la redundancia: reconocer el pecado en nuestra historia común no es un eufemismo que nos permita entrar en «modo acusatorio».

[13] Cf. Santa Teresa de Jesús, El Libro de la Vida, cap. VII.

Por eso, dejándonos conducir por la pedagogía de Jesús, llevemos la mirada contemplativa al dolor que el mundo provoca:

1- cuando se empecina en la división;

2- cuando descarta la vida y oprime las conciencias;

3- cuando crea y sostiene trincheras ideológicas.



2.2 EL PECADO CONTRA LA UNIDAD

Tal vez el pecado del mundo más dolorosamente habitual sea el de la **división**; lo vemos cada día expresado en insultos, amenazas, guerra y muerte. Así lo testimonian las innumerables víctimas inocentes que padecen las fragmentaciones y las violencias.

«PERO ENTRE USTEDES NO DEBE SUCEDER ASÍ» (MT 20, 26).

Los Oblatos estamos llamados a examinarnos regularmente respecto de la unidad (y de la división). Es el mandamiento de la lanterianidad que mejor explica nuestra existencia en la Iglesia. El cuidado de la unidad con espíritu de sacrificio es el primer testimonio carismático, mucho antes que la predicación a multitudes o las largas filas para la confesión de los pecados en nuestro confesionario. «Él nos mandó mantenernos unidos. La comunión, la simpatía mutua, todo esto es un deber prescrito; y el pecado y el daño surgen de tener muchos partidos, de separarse de ese cuerpo único que Él ha designado; pues cuando los hombres dividen la única Iglesia de Cristo en fragmentos, contribuyen a destruirla por completo» [14].

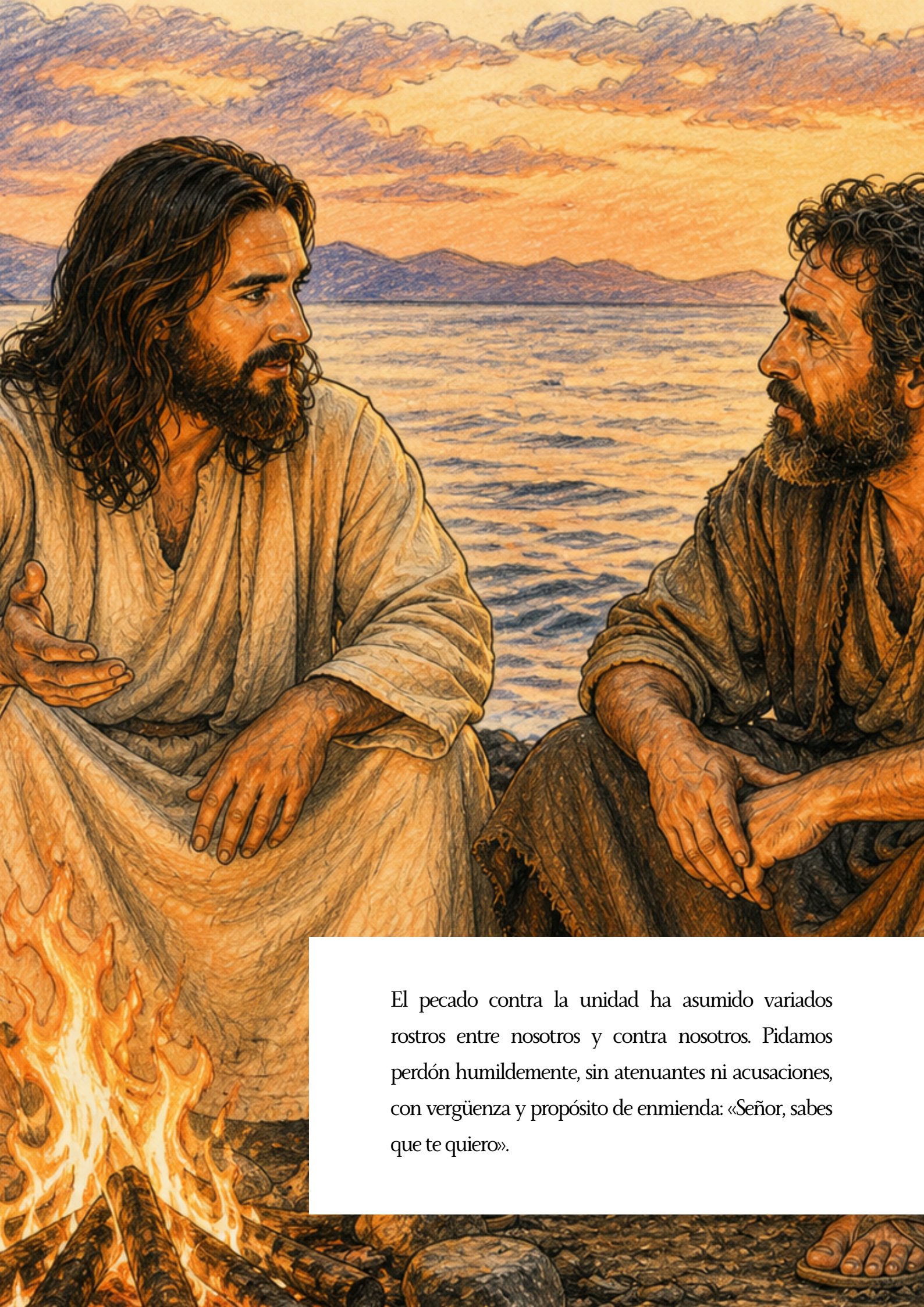
[14] John H. Newman, Sermones parroquiales y sencillos, volumen 7, sermón 17.

Patrice Veráquin, en una carta dirigida a un hermano, hace memoria del encuentro entre ambos y, al señalar algunos acuerdos, recuerda que

> *hablábamos de los desafíos del mundo actual y de cómo nuestro carisma lanteriano puede ayudarnos a evangelizarlo. Nuestra conversación se centró rápidamente en un desafío que hoy nos parece particularmente decisivo: el de la polarización de los espíritus. Eres testigo, como yo, de esta tendencia que hoy se manifiesta en los ámbitos de la política, la cultura y la religión. Los individuos o los grupos son identificados (o se identifican a sí mismos) como contrapuestos entre sí a partir de categorías sociológicas algo reductivas, aunque significativas: izquierda - derecha, liberales (woke) - conservadores, progresistas - tradicionalistas, etc. Los juicios con los que se interpelan mutuamente suelen ser duros, tajantes e intolerantes. Los algoritmos, además, no contribuyen precisamente a serenar el debate. Me preocupa, como te decía, que en este proceso de polarización los sentimientos religiosos sean con frecuencia instrumentalizados por la política. De este modo, simples opiniones políticas quedan revestidas con un carácter absoluto. Las consecuencias de ello son, como podemos imaginar, profundamente problemáticas* [15].

En ese sentido, reconocemos con humildad que no siempre hemos sido testimonio de unidad en la Iglesia; muchas veces nos hemos enfrentado entre hermanos, incluso apelando al carisma y a la vida del Fundador para sostener conflictos, justificar miradas unilaterales y validar proyectos individuales que solo llevaban por título nuestro propio nombre.

[15] P. Patrice Veráquin omv, Rector Mayor, Carta a un hermano, 10 de febrero de 2026.



El pecado contra la unidad ha asumido variados rostros entre nosotros y contra nosotros. Pidamos perdón humildemente, sin atenuantes ni acusaciones, con vergüenza y propósito de enmienda: «Señor, sabes que te quiero».

2.3 EL PECADO CONTRA LA DIGNIDAD DE LAS PERSONAS

Este mundo, todo «entero bajo el poder del Maligno» (1Jn 5,19) enseña a **descartar** la vida y a **oprimir conciencias** porque se puso al servicio del dinero.

«PERO ENTRE USTEDES NO DEBE SUCEDER ASÍ» (MT 20, 26).

«Los hombres son tratados como objetos cada vez con mayor naturalidad, en una gama que va desde las innumerables formas de comprensión estadístico-administrativa hasta las opresiones inconcebibles del individuo, de grupos, e incluso de pueblos enteros. Y esto no sólo en situaciones excepcionales y en el paroxismo de la guerra, sino, como forma normal de gobierno y administración» [16].

Peter Gojuk recuerda su ingreso a la Congregación y sus primeras etapas vividas en la comunidad en Roma y reconoce que

yo también sentía una llamada al sacerdocio, pero los cambios que se estaban dando en muchos seminarios de los Estados Unidos no me atraían cuando era un joven muy joven. Un día conocí a un seminarista oblato estadounidense; todo lo que decía de la Congregación me impresionó profundamente. Decidí entonces informarme más: me pareció que era el lugar perfecto para mí, exactamente lo que estaba buscando. Con el tiempo me di cuenta de que también estaba muy presente una persona que, el sentido común y la intuición me

[16] Romano Guardini, El ocaso de la Edad Moderna. Ed. Guadarrama, Madrid 1963.

decían que algo en aquella situación no estaba del todo bien. Los superiores me dijeron que rezara y estudiara con dedicación.

Yo era consciente de que algunos de mis hermanos -buenos hombres- no eran plenamente libres en el discernimiento de su vocación debido a la influencia de este hombre.

Cuando años más tarde se puso en duda su veracidad, también se tambalearon las vocaciones de aquellos jóvenes a la vida religiosa, al sacerdocio y a los Oblatos en particular.

La Congregación atravesó una crisis muy dolorosa. Fue muy lamentable que tantas buenas personas resultaran heridas por aquellos acontecimientos.

Creo que, dadas las circunstancias, la Congregación afrontó la situación lo mejor que pudo. Sin embargo, como grupo pequeño y humilde, debemos continuar haciendo lo que siempre hemos tratado de hacer: anunciar el Evangelio de Jesucristo.

Debemos dejar el pasado a la misericordia de Dios y el futuro a su divina Providencia [17].

Reconocemos que, como Congregación, en algunos momentos de nuestra historia no supimos estar a la altura de la misión recibida y descuidamos las conciencias de los jóvenes que querían discernir su vocación y seguir al Señor en la vida religiosa o, sencillamente, deseaban ser mejores. Y se crearon, casi sin advertirlo, dinámicas de vida comunitaria en las que muchos de ellos se sintieron obligados a aguardar con paciencia y entrega a que llegaran tiempos mejores para vivir su consagración con mayor plenitud; otros prefirieron ocultar su personalidad y sus búsquedas más hondas para no sentirse marginados, mientras que algunos hallaron un modo legitimado para ejercer poder sobre sus pares. Y, entonces, algunas conciencias fueron manipuladas y quedó expuesta la intimidad de algunas personas.

[17] P. Peter Gojuk omv, Rector Mayor, Solo puedo dar cuenta, 2 de febrero de 2026.



El pecado contra la dignidad de las personas ha asumido variados rostros entre nosotros y contra nosotros. Pidamos perdón humildemente, sin atenuantes ni acusaciones, con vergüenza y propósito de enmienda: «Señor, sabes que te quiero».

2.4 EL PECADO CONTRA LA RIQUEZA DEL CARISMA

El mundo suele encerrarse en innumerables **trincheras ideológicas** desde las cuales dispara contra todos, convirtiendo su percepción de la realidad en la única y definitiva verdad.

«PERO ENTRE USTEDES NO DEBE SUCEDER ASÍ» (MT 20, 26).

«Sinfonía quiere decir consonancia, armonía. El contraste entre los distintos instrumentos ha de ser lo más acusado posible. El mundo es equiparable a una gran orquesta, que hace sonar todos sus instrumentos. La pluralidad de instrumentos adquiere sentido cuando interpreta, bajo la dirección de Cristo, la sinfonía de Dios. La unidad de la composición procede de Dios. Por eso el mundo era y es plural, y lo seguirá siendo cada vez más. Evidentemente, el mundo no puede abarcar de una ojeada su propio pluralismo, porque la unidad nunca ha radicado en él, ni antes ni ahora.

Pero el sentido de su pluralismo no consiste en rechazar la unidad que radica en Dios y que es comunicada por él, sino en adherirse a la sinfonía y en ajustarse a la unidad que está por encima» [18].

[18] Hans Urs von Balthasar, La verdad es sinfónica, Ed. Encuentro, Madrid. 1979

El padre Julio Cura, Rector Mayor, solía repetir que el carisma de la Congregación es como un licor que recoge y crea su sabor abrevando en variados tipos de plantas y flores, todas ellas cultivadas en el campo común de la Iglesia y que aun estando al alcance de todas y cualquier mano se necesita realmente una cierta sabiduría para conjugarlas armoniosamente e integrar la disparidad de sus elementos.

La genialidad de Lanteri, decía Julio, consiste en haber sabido destilar ese licor sabroso, considerando algunos elementos y descartando otros. Ese destilado hoy lo «produce» la Congregación entera, el cuerpo en su totalidad y cada uno de sus miembros sin exclusión de ninguno; y sin embargo, nadie en particular podría reclamar para sí la totalidad de la expresión de un sabor poliédrico y siempre nuevo en el conjunto de sus matices.

Reconocemos que no siempre supimos acoger y transmitir la armonía y la diversidad del carisma de nuestra familia religiosa; por el contrario, hicimos lecturas fragmentadas y desprovistas de criterio eclesial. Involucramos a muchos hermanos laicos en nuestras parcialidades, llevándolos a enfrentamientos que a muchos de ellos terminaron alejando de la Iglesia.

Hemos medido en nuestros hermanos -y perdón por la expresión que robé de una hermana- la cantidad de «lanterianidad en sangre», para luego fallar a favor o en contra de si hubo o si sigue habiendo suficiente fidelidad al Fundador.

Nos hemos sentido obligados a defendernos levantando muros. Entonces, unos fuimos de san Ignacio y otros de san Alfonso; unos de Lanteri y otros de Reynaudi; unos de los ejercicios y otros de las parroquias... Logramos que para algunos lo sagrado se les tornara indiferente y las tradiciones de familia, difíciles de sobrellevar.



El pecado contra la riqueza del carisma ha asumido variados rostros entre nosotros y contra nosotros. Pidamos perdón humildemente, sin atenuantes ni acusaciones, con vergüenza y propósito de enmienda: «Señor, sabes que te quiero».

3.

CELEBRAR LA RECONCILIACIÓN

Probablemente, algunas comunidades no se verán reflejadas en los «tres pecados del mundo» mencionados anteriormente, pero sí reconocerán otras cuestiones que, aunque no fueron citadas aquí, han ocasionado no pocos conflictos y amarguras. En cualquier caso, pedagógicamente conducidos por los Superiores Mayores y Delegados iremos reconociendo nuestro propio pecado con su consecuente necesidad de perdón para luego ponerlo en palabras y finalmente convertirlo en oración y celebración fraterna.

Por eso, cada uno de nosotros debe examinar la propia conciencia, sabedor de que forma parte de una comunidad que lo precede y acoge. La sinodalidad se expresa también en el modo en que transitamos, asumimos y ofrecemos el perdón. Por eso, el camino no debe andarse en soledad, pues tocaremos heridas y, algunas en particular, nos exigirán un mayor cuidado y dedicación. Proteger sin exponer el dolor del hermano, caminar sin prisa, respetar tiempos y resistencias personales, comprender los miedos y sensaciones de vértigo, todo será una delicada expresión de que el amor fraterno es genuino y reparador.

Mientras pedimos perdón por los errores cometidos, es necesario reconocer la importancia de la reparación allí donde sea posible. El Santo Padre, al igual que sus predecesores, insiste de manera perseverante en la urgencia de escuchar a las víctimas, invitándonos a no pasar de largo ante su dolor y a brindar suficiente espacio en nuestro corazón de pastor para sanar y renovar la esperanza. Esta actitud, más allá de ser una exigencia moral, es una llamada a la transformación interior y a la construcción de una comunidad más justa y compasiva.



Los gestos concretos de reparación que podamos ofrecer se convierten en una manifestación clara de nuestro deseo de vivir conforme al evangelio.

Les propongo, entonces, un período de un año para realizar este camino de reconciliación de modo que, **desde el 1 de septiembre de 2026 hasta el 1 de septiembre de 2027,** cada Delegación y Provincia tenga la posibilidad de acercarse al perdón con gozo penitencial y celebrarlo comunitariamente con corazón humilde ante el Señor, como el publicano en el templo.

En el marco de los 200 años, las comunidades unidas en una única jurisdicción -conducidas y animadas por sus Superiores Mayores y Delegados- deberán dar forma a su propio modo de preparar y celebrar la reconciliación, de acuerdo con sus comunes tradiciones espirituales y culturales. Porque cada Delegación y Provincia lleva consigo su propia historia al punto que sus propias encrucijadas no siempre están ligadas al cuerpo entero de la Congregación; sin embargo, esas realidades experimentadas siguen siendo muy significativas para los hermanos que han vivido y servido en esos lugares.

A nivel de Congregación, esa tarea corresponde al Capítulo. Durante la preparación del próximo, una comisión ad hoc elaborará una propuesta escrita para ser presentada ante la Asamblea Capitular, teniendo en cuenta el camino realizado en las diversas Regiones.

ALTER FUNDATOR

Padre Giovanni Battista Reynaudi omv

Nació en Carignano el 10 de agosto de 1782; en 1816 comenzó, junto a Biancotti, la experiencia de la primera fundación en Carignano; posteriormente lo encontramos al lado de Lanteri en la segunda experiencia de fundación en 1826 en Pinerolo, donde ingresó el 6 de julio de 1826. Allí recibió el hábito de manos del Fundador el 2 de febrero de 1828 y profesó el 15 de agosto de 1828. Elegido segundo Rector Mayor en 1830, tras la muerte del P. Lanteri, permaneció en el cargo hasta 1836. Falleció en Carignano el 24 de diciembre de 1838, a los 56 años; está sepultado en la cripta de la Consolata.

JUNTO

a Pio Bruno Lanteri aparece el otro fundador por quien, creo, es justo hacer memoria. No solo no le quita brillo a Lanteri -por si fuese necesaria la aclaración- sino que a la vez que se enaltecen mutuamente, nos permite comprender un poco mejor la complejidad de los primeros años de esta familia religiosa. Por eso, pedí a Sergio Zirattu, apasionado de la figura histórica de Reynaudi, una reflexión al respecto que, con todo gusto, comparto a continuación en un breve resumen [19].

[19] Cf P. Sergio Zirattu omv, Rector Mayor, Due nomi, un solo carisma: riscoprire il ruolo di Reynaudi accanto a Lanteri, 5 de abril de 2026.

La celebración de los doscientos años de la aprobación pontificia de la Congregación representa una ocasión valiosa para detenernos a reflexionar sobre aquellas «cosas nuevas y antiguas» (cf. Mt 13,52), a menudo ocultas entre los pliegues de la historia, que pueden constituir una oportunidad de crecimiento y renovación. Esto nos permite mirar con ojos renovados nuestras raíces y los desafíos del presente, para custodiar lo que hemos recibido y, al mismo tiempo, abrirnos a lo nuevo con confianza y discernimiento.



El documento que da luz y sentido a esta celebración es, sin duda, el Breve *Etsi Dei Filius* del papa León XII. Este constituye un signo significativo no solo para la estabilidad canónica del Instituto, sino también como confirmación de la validez de su carisma en la Iglesia. Gracias al vínculo con la Sede Apostólica, el Breve otorga al Instituto un aliento más universal, permitiéndole beber de la riqueza de la Iglesia y compartirla con todos los fieles. Por eso, quiero reflexionar sobre el papel que el Breve atribuye al P. Giovanni Battista Reynaudi y sobre cómo podría ser interesante, y quizá oportuno, profundizar en el reconocimiento oficial que la Iglesia le atribuye en la fundación del Instituto. Todos conocemos, al menos en sus líneas esenciales, la trayectoria de Reynaudi, aunque no todos los aspectos resulten plenamente claros o históricamente documentados. Precisamente la complejidad de esta historia —el llamado «caso» Reynaudi— terminó debilitando progresivamente su reconocimiento como cofundador. Con el paso del tiempo, su nombre fue separándose cada vez más del de Lanteri, hasta atribuir únicamente a este último el título exclusivo de Fundador [20].

[20] Cf A. Brustolon, Alle origini della Congregazione degli Oblati di Maria Vergine, pag. 162-166, donde se destacan las interpretaciones historiográficas que han ido relativizando progresivamente la figura de Reynaudi como cofundador.

Nadie puede poner en duda que el padre Lanteri sea el verdadero Fundador de la Congregación. Pero sería igualmente injusto e históricamente incompleto ignorar aquellos datos que, en el proceso fundacional, asociaron el nombre del padre Reynaudi al suyo, confiriéndole una relevancia que merece ser reconocida y profundizada.

Gastaldi, en la Vida del Fundador concluida en 1867, hace referencia al grupo de Carignano y resume su proyecto apostólico. Cabe subrayar que dentro de este grupo carignanense Reynaudi emerge como el líder indiscutido: es él quien capta con perspicacia las urgencias pastorales del tiempo y, junto con los otros dos compañeros, coordina las iniciativas comunes. No se limita a gestionar la acción inmediata, sino que concibe también la idea de una comunidad estable, marcada por la vida compartida y orientada prioritariamente a las finalidades eclesiales.

Durante su estancia en La Grangia, Reynaudi vivió la experiencia de los ejercicios espirituales guiados por el padre Lanteri. Este tiempo compartido resultó decisivo para su camino: en él maduró una profunda estima por Lanteri, a quien reconoció no solo como un hombre de gran espiritualidad, sino también como una guía segura, casi un "padre", capaz de acompañar y sostener a la comunidad naciente. Por ello, sin dudarlo, le pidió que asumiera su dirección. El encuentro entre ambos hizo emerger sensibilidades pastorales diferentes, pero complementarias, que con el tiempo se armonizarían hasta confluir en un proyecto común. Si Reynaudi aportó el amor por su propia tierra y el contacto directo con la gente, Lanteri ofreció el método y la visión universal, capaces de transformar un grupo local en una congregación sólida y estructurada.

El contraste con Bruno Lanteri representó para Reynaudi un momento decisivo de maduración interior y de clarificación de su propia vocación. A través del diálogo, el acompañamiento espiritual y la guía concreta recibida, Reynaudi recuperó un renovado vigor, tanto en el plano personal como en el apostólico.

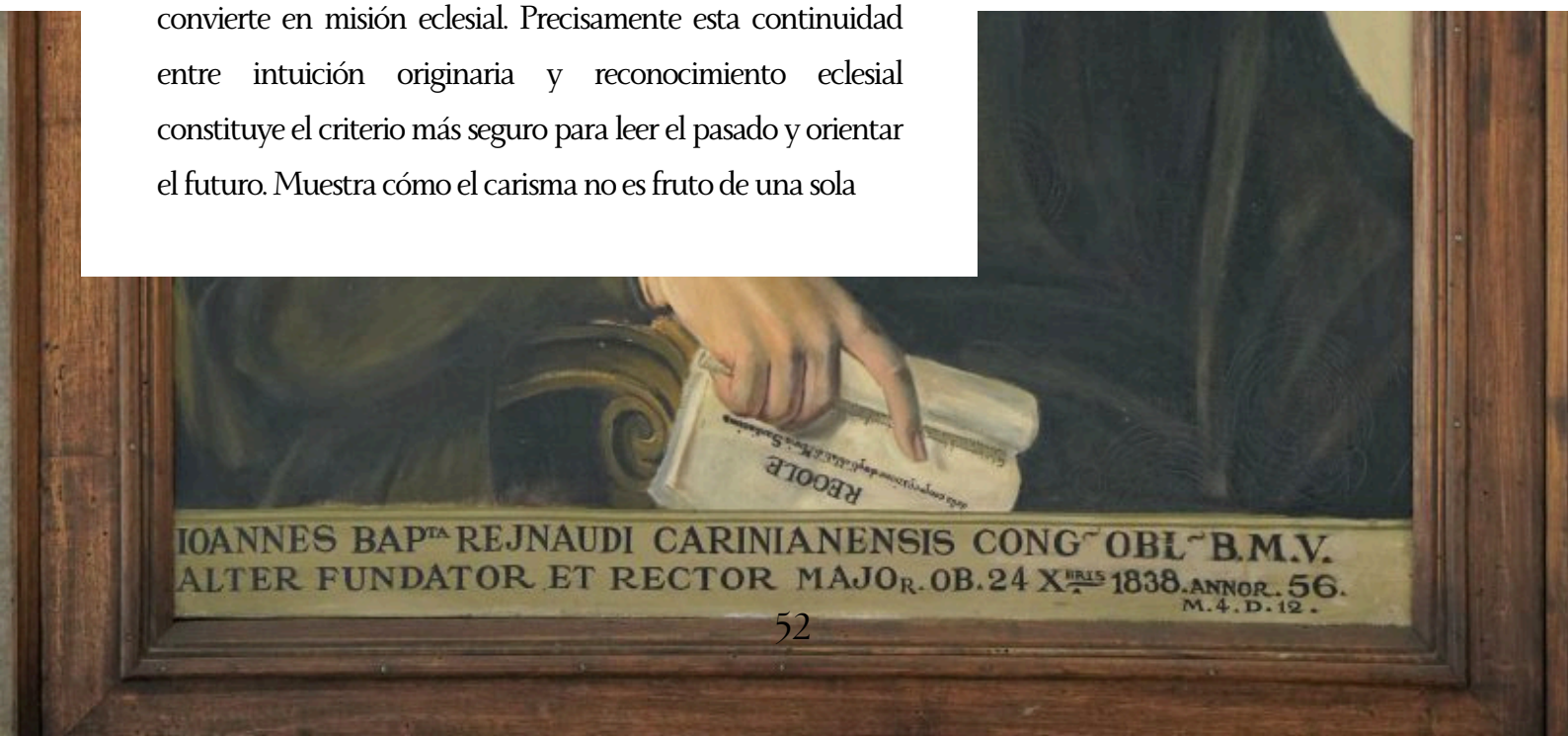
Determinante no fue solo la ayuda de Lanteri, sino también la del teólogo Guala: gracias a la colaboración entre estas figuras, en un arco de tiempo relativamente breve se dispusieron todos los elementos necesarios para obtener el reconocimiento oficial por parte de la autoridad eclesiástica el 13 de noviembre de ese mismo año. El Breve *Etsi Dei Filius* integra y amplía el proyecto inicial surgido y aprobado en Carignano. Ante todo, me atrevo a decir que el Breve conserva de forma reconocible el corazón del proyecto inicial de Reynaudi. Al mismo tiempo, algunos rasgos distintivos de su espiritualidad no solo se mantienen, sino que son reforzados e

institucionalizados: la devoción mariana y la fidelidad al Papa.

La celebración del bicentenario no es solo un momento de memoria agradecida, sino también una ocasión para hacer verdad y profundizar el carisma. El Breve pontificio reconoce con claridad que la obra nace de la iniciativa conjunta de Pío Bruno Lanteri y de Giovanni Battista Reynaudi, «quienes fueron los primeros en iniciar esta obra», y que juntos promovieron su desarrollo apostólico en los primeros tiempos.

Si en Lanteri se reconoce justamente al Fundador por la profundidad espiritual, la visión eclesial y la capacidad de dar forma estable y universal al Instituto, en Reynaudi emerge con evidencia el papel de iniciador concreto, animador del primer núcleo y portador de intuiciones pastorales decisivas. Su colaboración no aparece, por tanto, como algo accesorio, sino complementario: la una necesita de la otra para comprender plenamente el origen de la Congregación. Reconocer la aportación de Reynaudi no significa disminuir la figura de Lanteri, sino más bien devolver a la historia su integridad y a la Congregación una conciencia más plena de sus raíces. El Breve Etsi Dei Filius, además, muestra cómo el proyecto nacido en Carignano es asumido, purificado y universalizado por la Iglesia: lo que era una intuición local se convierte en misión eclesial. Precisamente esta continuidad entre intuición originaria y reconocimiento eclesial constituye el criterio más seguro para leer el pasado y orientar el futuro. Muestra cómo el carisma no es fruto de una sola persona, sino don del Espíritu que se manifiesta a través de personas, encuentros y procesos.

En definitiva, mirar hoy la figura de Giovanni Battista Reynaudi junto a la de Pío Bruno Lanteri significa redescubrir la riqueza de un carisma nacido de la convergencia de dones distintos: el contacto vivo con el pueblo y el sentido pastoral inmediato, por una parte, la profundidad espiritual y la visión universal por la otra.



LA MIRADA EN EL HORIZONTE

No se trata de un programa, sino de un horizonte para seguir caminando.

«Ustedes dicen que aún faltan cuatro meses para la cosecha.
Pero yo les digo: Levanten los ojos y miren los campos:
ya están madurando para la siega».
(Jn 435)

A continuación, quiero que reflexionemos juntos sobre las cuatro vías por donde encauzamos el sentido de nuestra presencia en la Iglesia. Son cuatro pilares en los que se apoya nuestra vida consagrada y el servicio al que fuimos llamados personal y comunitariamente. Son también cauces de evangelización desde se proyecta la creatividad pastoral y hacia donde convergen todos los esfuerzos en el anuncio del evangelio.



1- LA CENTRALIDAD DEL SEÑOR JESÚS

Es nuestro fundamento, porque no nos reúne una idea o una organización eficiente, sino la persona de Jesucristo. Él es el «Alfa y la Omega» de nuestro servicio, a él orientamos todo, sin reservas.

2- LA COMUNIÓN SINODAL

Porque es reflejo de la luz que mana de la Trinidad. La sinodalidad no es una técnica de reuniones, es la naturaleza misma de la Iglesia que camina unida. Del mismo modo, también nosotros estamos llamados a ser un «nosotros» eclesial. Tal vez allí resida el signo más creíble de que el Reino de Dios ya está entre nosotros.

3- AL MODO MARIANO

El «fiat» que se hace servicio. Como ella en la Anunciación, nuestra misión comienza con la escucha y disponibilidad. Su estilo es la pedagogía de la ternura y la fortaleza de quien sabe que Dios hace maravillas en nuestra pequeñez.

4- EN FAVOR DE LOS POBRES Y DESCARTADOS

Es la invitación a tocar la carne de Cristo. Nuestra opción por los más vulnerables no es una simple asistencia social, es una exigencia teológica. En el rostro del pobre, del descartado y del que sufre, reconocemos la «carne herida de Cristo». Servirles es adorar al Señor.

1.

LA CENTRALIDAD DEL SEÑOR JESÚS

Dice san Pablo: «no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor; nosotros no somos más que servidores de ustedes por amor de Jesús» (2 Co 4, 5). Como protagonistas de la evangelización, cada uno de nosotros individualmente y la familia lanteriana en su totalidad podemos expresarnos con sus mismas palabras. Porque ninguno de nosotros se predica a sí mismo, ni es nuestro carisma lo que anunciamos, ni a nuestro fundador, ni nuestras obras, ni nuestros mejores logros históricos, sino a Cristo Jesús, el Señor; y esta congregación, reunida por su humilde fundador en la caridad y en la obediencia, no es más que servidora por amor de Jesús.

En este sendero suelen aparecer tentaciones -permítanme sencillamente señalarlas- presentadas como iniciativas, en general todas buenas, que lentamente intentarán desviarnos del único sujeto de nuestro amor y de nuestra palabra. Estas buscan reemplazar el kerigma liberador por una organizada y sostenida repetición de ideas donde el predicado es el predicador; donde el ámbito eclesial se transforma, lenta e imperceptiblemente, en una facción esposada al líder carismático, y el mensaje del Evangelio termina reemplazado por un «refrito de doctrinas llamativas y extrañas» (cf. Hb 13, 9).

Cuando el Señor pasa a ser un elemento más en el panteón de los creyentes, la espiritualidad deviene en wellness [21] y, en consecuencia, al Evangelio le sobra la cruz.

[21] Una espiritualidad reducida a la búsqueda de la paz mental, el equilibrio emocional o la autorrealización personal.

Desde una perspectiva personal, siempre debemos regresar a una espiritualidad cuya experiencia orante y misionera esté afincada en el Señor Jesús, muerto y resucitado. En el encuentro personal con el Señor, él nos convence íntimamente de caminar como él caminó (cf. 1 Jn 2, 6) para pasar por este mundo haciendo el bien (cf. Hch 10, 38); nos arranca un nuevo «sí» para abrazar la cruz (cf. Mt 16, 24) y nos devuelve a la confianza y a la entrega gozosa (cf. Sal 37, 4-5). La vida en el Espíritu es identificación con el Señor Jesús; ella nos preserva y libera de la multiplicidad de miradas que oscurecen y enturbian el corazón, así como de las lecturas parciales de la realidad. De paso, nos salva de convertirnos en «profetas de calamidades» que olvidan que él es el Señor de la historia.

David Nicgorski testimonia la centralidad del Cristo de esta manera:

El último día de discusiones marcó el aspecto más desafiante de nuestro tiempo juntos [22]; en ese momento, sin preocuparnos por textos oficiales, pudimos sumergirnos en los datos crudos de nuestras experiencias. Fue un compartir íntimo y sin filtros, casi demasiado visceral para asimilar en tan solo unas pocas sesiones. Los comentarios e historias que surgieron durante nuestra discusión fueron ardientes, emotivos, honestos, catárticos y llenos de relatos frustrantes y múltiples ejemplos de cosas que habían salido mal o eran desagradables. Todas estas historias provenían de un grupo de hermanos sinceramente buenos y trabajadores que intentaban expresar lo mejor posible que querían estar plenamente comprometidos con sus mandatos, pero aun así se sentían exasperados y agotados. Habiendo pasado tiempo como Rector Mayor pocas cosas me asustaban, pero escuchar esas historias me inquietó sinceramente.
Sentí que estaba enfrentando la muerte de la Congregación. ¿Cómo podían tantos buenos oblatos sentirse tan desesperanzados respecto de las vocaciones y su promoción?
Al concluir nuestras sesiones, la perspectiva sombría era tan abrumadora que me preguntaba dónde o cómo seguiríamos adelante.

[22] Se refiere al encuentro de Formadores tenido en Fontenay-aux-Roses en julio de 2025.

Sin embargo, al concluir, algo inspiró a un hermano; su pensamiento capturó la prueba emocional que nuestro pequeño grupo acababa de atravesar (aunque él no era parte del grupo) y dijo: «Si, por decisión del Señor, nuestra comunidad religiosa tuviera que morir, preferiría morir abrazando la cruz antes que una cuenta bancaria. Si la muerte me encuentra, que sea en la cruz».

Ese fue el momento en que sentí que el Señor había estado presente entre nosotros, pues solo el Señor podía haber abordado nuestra tristeza. Esa frase confirmó que, de alguna manera, el Señor había descendido al infierno con nosotros.

Y esa verdad, es decir, que Él descendió con nosotros, fue el comienzo de una nueva aurora para mí. Nuestros miedos no querían enfrentar la posible muerte de las cosas queridas y, al mismo tiempo, luchaban contra la oscuridad al identificar lo que realmente temíamos más que la muerte: vivir con un espíritu que busca una salida fácil. Nadie en la sala quería vivir como esos religiosos tristes que ven problemas por delante y luego amortiguan el camino buscando cosas que anestesian o adormecen el dolor de un camino difícil, como el dinero, relaciones ilícitas o un plan de jubilación cómodo. Sí, enfrentábamos una situación difícil sin respuestas, pero el siguiente paso no era abandonar el barco, sino permanecer en la incomodidad. Más tarde, pude conectar toda la experiencia con nuestra celebración del Bicentenario al leer el párrafo inicial de Etsi Dei Filius. Francamente, nunca habría imaginado que una bula papal sería el comienzo de un remedio para mí. Trata sobre Dios suscitando vocaciones: hombres que serán sal de la tierra y luz del mundo. Arroja luz sobre dos grandes verdades que combaten el pesimismo. La primera es que no somos los primeros en sentir la amargura de tiempos difíciles sin remedios evidentes. De hecho, nuestros primeros hermanos oblatos, incluido Lanteri pasaron por tales complejidades. En segundo lugar, Dios hizo promesas. Promesas que son una seguridad y una alianza, y que oramos para que se manifiesten con soluciones poderosas para todos nuestros ministerios, siempre que creamos en esas promesas. Estamos en buena compañía [23].

[23] P. David Nicgorski omv, Rector Mayor, Reflexiones después de la Convocatoria, 31 de enero de 2026.

Por eso, los Oblatos de la Virgen María confesamos y anunciamos a un Dios que ama infinitamente a cada ser humano, a quien confiere una dignidad infinita.

Confesamos y anunciamos que el Hijo de Dios asumió nuestra carne humana y que, por tanto, toda persona humana ha sido elevada al corazón mismo de Dios.

Confesamos y anunciamos que Jesús entregó su sangre por nosotros y, por lo tanto, no podemos conservar duda alguna acerca del amor sin límites que ennoblece a toda mujer y a todo hombre que viene a este mundo. Confesamos y anunciamos que el Espíritu Santo que el Señor Jesús envía desde el Padre actúa en todo y en todos y, por lo tanto, reconocemos que Él procura penetrar toda situación humana y todos los vínculos sociales [24].

[24] Cf. Francisco, Evangelii Gaudium n. 178

2.

LA COMUNIÓN SINODAL

La Iglesia de Cristo «subsiste en la Iglesia católica» [25]. Es esa realidad, tan simple y honda, que nos recuerda que «cuando terminaron de orar, tembló el lugar donde estaban reunidos». Y entonces, «todos quedaron llenos del Espíritu Santo y anunciaban decididamente la Palabra de Dios» (Hch 4, 31). Parece que la oración común es capaz de hacer estremecer la reunión y a los reunidos por la presencia del Espíritu, bellísima experiencia que seguramente muchos habrán experimentado. Sin embargo, el mismo Espíritu no permite que el gozo de lo fraterno se convierta en regodeo interno, sino que impulsa a salir en busca de aquellos elementos de santidad y verdad que habitan «fuera» [26], para entregar sencillamente, a quien la desconoce, esa buena noticia que por atracción creó reunión.

La comunión eclesial se expresa no solo espiritualmente -en la oración y la predicación-, sino muy particularmente en el «permanecer unidos», tanto en el sufrimiento como en la comunicación de bienes. Aquellos primeros cristianos pedían al Señor que mirara las amenazas y permitiera «anunciar la Palabra con toda libertad para que se realicen curaciones, signos y prodigios en el nombre de tu santo servidor Jesús» (Hch 4, 29); pero sin desentenderse unos de otros, se sostienen mutuamente en un amor hecho de gestos concretos, al punto de que «la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos» (Hch 4, 32). Esa primitiva y permanente experiencia de comunión es, tal vez, el bien más insistentemente amenazado, hasta el punto de que en el seno mismo de la Iglesia han aparecido ideologías y grupos adheridos a ellas (cf. 1 Jn 2, 19), ataviados con ropajes antiguos y remiendos nuevos (cf. Mt 9, 16). Más adelante regresaremos sobre esta reflexión en particular.

Pido disculpas si ahora me detengo particularmente en algunos desafíos eclesiales; porque creo que, aún siendo obvios, al celebrar el bicentenario de aquel respiro universal de nuestra familia religiosa, nos hará bien visibilizar las fracturas que amenazan a la comunidad de los creyentes.

[25] Lumen Gentium n. 8

[26] Ib

Alguien dijo una vez que solemos dar respuestas a preguntas que nadie se formula realmente. Y otro afirmó que cuando hemos logrado tener todas las respuestas, de pronto nos modificaron las preguntas. Los desafíos que la realidad nos presenta suelen ser así: planteos difíciles, siempre novedosos que esperan miradas integradoras más que recetas aliviadoras para unos pocos días. Algunos desafíos son, en realidad, tentaciones que requieren simple y valientemente una vuelta a la pureza del evangelio en humildad y conversión de vida. Sin embargo, otros son obra del Espíritu de Dios que actúa en la historia humana. En ese sentido, el mismo Espíritu que provoca la novedad a la vez entrega las mejores herramientas para abordar la nueva realidad. Saber distinguir las tentaciones de los desafíos es una clave de todo discernimiento que, en contexto de sinodalidad, requiere mucha comunión de espíritu. Por eso, la comunión sinodal nos anima a crear lazos con otras comunidades o formas de vida eclesiales. Es gracias a esa comunión que acabamos por tomar conciencia de que todas las comunidades de vida consagrada estamos movidas por el mismo viento que mueve a toda la Iglesia en su conjunto; y no tendría sentido pretender distanciarnos para hallar una mejor solución a nuestros problemas, sino que sigue siendo mejor optar por transitar el camino de la integración y la hermandad.

Debemos señalar entonces que, ligado a la fraternidad y a los votos -particularmente el de la pobreza- viene todo el universo de la economía y la administración. En la actualidad, casi todas las comunidades -particularmente las de larga data- discuten internamente sobre la finalidad y resignificación de enormes edificios de grandísimo valor histórico que se convirtieron en un peso para la vida y la misión. El «criterio del mercado» sólo trajo deudas, desánimos y profundas grietas en la fraternidad misma, con gobiernos sumidos casi íntegramente en la administración y sin energías para la animación de la misión y la vida de las comunidades. Parece una irónica descripción de nosotros mismos, pero en la realidad son muchas las congregaciones que experimentan la misma contradicción interna percibiéndola como -lo que es realmente- una opresión. El recorrido que va en la dirección del «criterio evangélico» es el gran desafío, que pide coraje, valentía y mucha comunión de espíritus [27].

[27] En mi primera participación en la Asamblea de la USG en Roma, un superior general de una congregación francesa invitó a quienes lo desearan a reunirse al final de la jornada para conversar sobre la problemática de los «grandes edificios que ya no sirven para nada» (sic). La mitad de los presentes aceptaron la invitación.

Por otra parte, debemos poner el corazón en el respetuoso y atento cuidado de niños, niñas, adolescentes y adultos vulnerables. También en este ámbito estamos llamados a caminar al ritmo de la Iglesia dejándonos guiar por las hermanas y hermanos que tienen una mayor experiencia. No se trata solamente de redactar protocolos o indicaciones precisas de lo permitido y lo prohibido, pues no pasa realmente por allí el problema. En realidad, la Iglesia nos invita a mirar una realidad que sucede a nuestro alrededor y que espera una actitud compasiva y cercana. Aquel extranjero (cf Lc 10,30-37) que recorría el mismo trayecto del desconocido asaltado y abandonado al borde del camino hizo todo lo que pudo; poniendo él mismo también a un costado sus propios proyectos, dedicó tiempo y recursos a la vez que involucró a otros en la creación de un sistema de solidaridad y cuidado. El abuso de poder, de conciencia, económico y sexual es una herida en el corazón de nuestra sociedad que suele afectar a los más indefensos. Y nunca son hechos aislados, sino más bien estructuras conformadas en redes que tienden a transversalizarse en todos los estamentos públicos y privados porque se consolidan en el anonimato y el miedo. Se espera de cada uno de nosotros individualmente la actitud evangélica requerida para acercarse a toda herida humana, es decir, mucho aceite, mucho vino y mucha paciencia. Y colectivamente -pues hablamos de redes transversales- es necesaria mucha pasión, poca pasionalidad, ser lo suficientemente organizados y eclesialmente orgánicos.

Otra temática habitual en nuestras conversaciones es la preocupación por algunas formas de tradicionalismos presentes en las nuevas generaciones. Si bien es un fenómeno común a casi todas las Iglesias cristianas, entre los católicos suele particularmente expresarse -en algunas regiones más que en otras- en específicas modalidades litúrgicas. Como todo movimiento histórico, es necesario mirarlo serenamente en su complejidad y multicausalidad. Porque suelen ser respuestas relativamente proporcionales nacidas en contextos culturales muy precisos donde, por ejemplo, predominan la constante búsqueda de profundas y nuevas experiencias espirituales junto -paradojalmente- a la secularización de la sociedad. Los aspectos de tipo psicológicos presenten en estas búsquedas deben ser tenidos en cuenta con mucho respeto, pues evidencian realidades que, vividas intensamente, no siempre son del todo manifiestas y abordadas claramente; y de esa manera, acaban por convertirse en motivaciones personales y colectivas que, antes o después, competirán con el evangelio y la eclesialidad. En otros casos, simpre relacionado con lo dicho anteriormente, tiene que ver con esa percepción subjetiva entendida generalmente como postmodernidad y que trae consigo aparejada una experiencia del fin de la historia. Me refiero a los síntomas propios del cambio de época, como es la búsqueda de refugio en la abstracción del

pasado -porque el presente y el futuro aparecen como amenaza- y la adopción de una rígida actitud defensiva [28]. Aunque sean movimientos diversos, muchas veces suelen presentarse como una única realidad con confines poco nítidos. Sin embargo, el desafío se vuelve sumamente complejo al entrecruzárseles expresiones de tipo neojansenistas, como si fuesen propias. Insisto, no son movimientos idénticos, pero al amalgamarse crean no poca confusión y dolor. Volvemos a mencionar aquí el necesario discernimiento para distinguir la tentación del desafío. Porque con los neojansenismos viene aparejado un Cristo sin Jesús, una unción divina sin rostro y una religiosidad que no traspasa las fronteras de «los nuestros». Y entonces el acento puesto en la ley en detrimento de la gracia se traslada a todos los estamentos de la vida. Y en ámbitos cristianos se acaba por justificar con argumentos religiosos el ocaso de la piedad que se desata contra las franjas de la sociedad más frágiles [29].

Dice precisamente Veráquin al respecto que

como reacción al pensamiento relativista predominante en la sociedad y frente a las respuestas a menudo tibias de los cristianos, han surgido grupos que pretenden una verdadera fidelidad a Cristo y a la Iglesia. Se presentan con actitudes más radicales, con prácticas más exigentes —a menudo bastante rígidas— y con una fuerte determinación. En Francia, dentro de esta línea, son particularmente notorias las corrientes de tipo lefebvrista. Pero también se encuentran fenómenos semejantes en las así llamadas «nuevas congregaciones». Muchos jóvenes, en busca de identidad, encuentran en estos ambientes un marco estructurado y tranquilizador, así como un ideal de vida simple y claro. Lamentablemente, la experiencia ha mostrado que la pretensión de una mayor fidelidad escondía con frecuencia graves abusos [30].

[28] Zygmunt Bauman, Retrotopía, Introducción: «Durante siglos, la humanidad miró hacia adelante. La "utopía" era un lugar en el futuro que construiríamos con progreso y razón. Sin embargo, en la sociedad líquida, el futuro se ha vuelto fuente de miedo (desempleo, cambio climático, terrorismo, precariedad) ... se ha transformado de un escenario de esperanza en un escenario de pesadilla... El pasado, por el contrario, ha sido reclasificado como un territorio de esperanza; como un lugar donde todavía (la humanidad) puede depositar la confianza, tras haber sido expulsada de un futuro que se ha vuelto inhóspito y que ha dejado de ser el hogar de nuestras expectativas».

[29] Una de las víctimas del primer jansenismo fue san Vicente de Paul, a quien acusaban de auxiliar a los remeros de las galeras en vez de bautizarlos.

[30] P. Patrice Veráquin omv, ib.

Y, por último -aunque en primer lugar- no podemos dejar de mencionar que, en las últimas décadas, tanto el acontecimiento del Concilio como el ministerio del obispo de Roma han sido puestos en discusión. «Se diría que a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dios. Hay dudas, incertidumbre, problemática, inquietud, insatisfacción, confrontación. Ya no se confía en la Iglesia» [31]. Muchos seguramente todavía recuerdan la voz de Pablo VI en aquella homilía, diríamos, profética. Hacia el final de su discurso afirma que su deseo es ser capaz, «ahora más que nunca, de ejercer la función que Dios encomendó a Pedro de confirmar en la fe a los hermanos; quisiéramos comunicarles este carisma de la certeza que el Señor da a quien le representa, incluso indignamente, en esta tierra, y decirles que la fe nos da una certeza verdaderamente segura».

Hermanos queridos, entre los Oblatos de la Virgen María, ni siquiera bajo apariencia de catolicidad o de exigencia teológica, se pondrá en duda de ninguna manera el Magisterio Universal del Obispo de Roma. Aún más: no puede profesar los votos en nuestra comunidad quien -expresándolo en palabras o con acciones concretas- descrea de la voz del Espíritu de Dios manifestada en el Concilio Ecuménico Vaticano II.

El día que pronunciamos nuestros votos nos dijeron solemnemente: «Lo tendrás todo en común con nosotros». En esa sencilla declaración, la comunidad que nos acogió nos indicó el modelo con el cual debemos cotejarnos, modelo que es, al mismo tiempo, el anuncio esperanzado de que la fraternidad universal es posible en Cristo Jesús. El modo de relacionarnos reclama una «fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo» [32]. ¡Volvamos cada día, hermanos, a aquella primera y fundante experiencia cristiana que hace temblar los cimientos de nuestras estructuras por el paso del Espíritu y que, de regalo, nos ablanda el corazón! ¡Volvamos confiados a la Iglesia del Concilio, que es la Iglesia de la comunión, la Iglesia que sabe de diálogos con las diferentes realidades que habitan nuestro mundo, la Iglesia que no se apresura por procurar su propio encierro para condenar y preservarse en su pureza!

[31] Pablo VI, Homilía 29 de junio de 1972.

[32] Francisco, Evangelii Gaudium n. 92

3.

AL MODO MARIANO

La maternidad de María, impregnada profundamente por su actitud esponsal de «esclava del Señor», constituye la dimensión primera y fundamental de la mediación que la Iglesia confiesa y proclama respecto a ella. Antes que nadie, Dios mismo, el Padre eterno, se entregó a la Virgen de Nazaret dándole a su propio Hijo en el misterio de la Encarnación. Ella es la mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio; situaciones que no pueden escapar a la atención de quien desea secundar, con espíritu evangélico, las energías liberadoras del hombre y de la sociedad [33]. María es quien sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura [34].

El testimonio constante de tantos pueblos creyentes y particularmente marianos, pobres en ministros ordenados y en catequesis organizada, confirma que, entre ellos, la fe católica se sostiene y transmite a las nuevas generaciones a través de la sencilla devoción a la «Virgencita». Ellos suelen defenderse con mucha tenacidad de las tentaciones que pretenden despojar a la Madre del afecto de los hijos. Tenemos mucho para humildemente aprender de esa fe del santo pueblo fiel de Dios. Porque aprendieron a cuidar el gozo y la cercanía, incluso cuando la vida se presenta abrumada de dolores e incertidumbres.

El magnificat de María proclama sin dudar que el Señor se hace presente entre los humildes y hambrientos. Y se acuerda de su misericordia.

Los oblatos estamos llamados a hacernos presentes allí donde la vida crece amenazada; y lo hacemos amorosamente, cuidando y protegiendo. Del mismo modo que el anciano Bruno conservó hasta el final la memoria de las «caricias con las que una madre tan buena» cuidó su pequeñez, que cada hombre y cada mujer -tanto si sufre como si provoca

[33] Pablo VI, Marialis Cultus n. 37

[34] Francisco, Evangelii Gaudium n. 286

sufrimiento en otros-, es decir, toda persona a la que seamos enviados o que simplemente encontremos en el camino, pueda descubrir en su propia vida la revolución de la ternura que, por mediación mariana, habita en nuestras manos.

En la vida del padre Bruno Lanteri, el nombre de Jesús y el nombre de María nunca se separaron. «Porque cuando pronunciamos el nombre de María no lo hacemos como cuando llamamos a una criatura que sabemos que simplemente existe. Hay mucho más: somos conscientes de su plenitud, complejidad y grandeza» [35].

Junto a la Madre del Señor, nuestra pequeña familia oblata canta la grandeza del Señor y se estremece de gozo en Dios, su Salvador. La donación pura, libre y perfecta de María al Padre se nos vuelve lanteriana en el momento en que cada uno hace suyo el «sí» incondicional de la Virgen. Y en ese sentido, también nuestra entrega pura y libre se vuelve perfecta cuando por contraprarte solo ansiamos la libertad de quien vive atrapado en la esclavitud, particularmente en la del pecado [36]. Con María, proclamamos la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte [37].



[35] P. Andrea Brustolon omv, Il cuore materno di Maria, Neos Edizioni, 2023

[36] Cf P. Mauro Oliva omv, L'oblazione mariana nella spiritualità di Pio Bruno Lanteri, Roma, 2024, pág 313.

[37] Pablo VI, Marialis Cultus n.37



4.

EN FAVOR DE LOS POBRES Y DESCARTADOS

En la sinagoga de Nazaret, con ocasión de su «discurso programático», Jesús hizo suyas las esperanzas de los pobres de Yahveh: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19). Ese día quedó claro que la realidad del pobre es estructural e intrínsecamente cristológica.

La pobreza es un fenómeno multifacético, se manifiesta en los variados rostros de quienes son atravesados por ella: aquellos que carecen de medios de sustento material, los marginados sociales que no tienen voz para defender su dignidad, y quienes sufren la pobreza moral, espiritual o cultural. Nos referimos a la fragilidad de quien no tiene derechos, ni espacio, ni libertad [38].

El Siervo de Dios Dom Hélder Câmara expresó con simple lucidez la problemática que surge cada vez que alguien se detiene ante la realidad de la pobreza humana: «Cuando doy comida a los pobres, me llaman santo. Cuando pregunto por qué los pobres no tienen comida, me llaman comunista». Hermanos, los invito a mirar esta doble realidad: el mundo puede admirar la filantropía, pero a menudo persigue -incluso hasta la muerte- a quien cuestiona las estructuras de pecado que generan pobreza.

Dar de comer, beber o curar supone una opción por la persona, aunque el gesto parezca tan insignificante como un vaso de agua fría (cf. Mt 10, 42). Este acto, desprovisto de segundas intenciones, crea vínculos de vida. Es un gesto materno que no interroga de antemano, sino que genera las condiciones para que el vulnerable se haga cargo de su existencia. El *nunc coepi* del pobre se pronuncia en el instante en que «alguien» deja de ser «nadie» (cf. Lc 10, 33).

[38] Cf. León XIV, Dilexi Te n.9

En la multiplicación de los panes (Jn 6) todo comienza con una particular mirada de Jesús. Su primera pregunta no es sobre la catequesis, sino sobre el alimento: «¿Dónde compraremos pan para darles de comer?» Jesús razona como una madre o una abuela con la casa llena: hay que dar de comer en vez de preguntar de dónde vienen o si piensan cambiar de vida. El corazón compasivo del buen pastor salta de gozo porque el pueblo está allí. Esa «catequesis de gestos amorosos» es más elocuente que mil palabras. Porque dar de comer no es una estrategia para evangelizar, sino que ya es evangelización en sí misma que, además prepara y espera la palabra.

Jesús sabe que los pobres viven sometidos al inmediatismo y a la dificultad de planificar a largo plazo. Por eso, no pide lo que el pueblo no puede dar; organiza el servicio involucrando a Felipe, a Andrés y a un niño. Todo parece poco, pero la organización fructifica cuando los destinatarios se hacen protagonistas.

De esta manera, comienza la irrupción del pobre en la Iglesia. La opción preferencial [39] es una corriente de ida y vuelta que implica salida hacia el pobre e irrupción del pobre en la comunidad. Este segundo movimiento suele ser el más cuestionado y circundado de prevenciones. Porque las personas en situación de pobreza, asociadas en comunidad de hermanos, comienzan a pensar. Y son muchos los que, escuchando el evangelio, se identifican de tal manera con el Señor y su Madre que se sienten llamados a actuar de la misma manera yendo al encuentro de quienes, como ellos, viven en estado de desprotección. Cualquier párroco que debió organizar un comedor o un centro comunitario puede dar fe que la organización surge y se sostiene con la misma gente. Sin embargo, los pobres organizados son una fuerza que, desde los tronos de los poderosos (cfr Lc 1,52) suele percibirse como una amenaza que hay que corregir, limitar o directamente eliminar; la descarada manipulación política también da cuenta de ello. Los numerosos testimonios de los mártires confirman dramáticamente esta realidad, como por ejemplo los Mártires Riojanos [40] o las

[39] Algunos prefieren la sencilla expresión de la Asamblea del CELAM en Medellín «opción por el pobre»; otros, «opción profética por el pobre».

[40] El obispo Enrique Angelelli, el franciscano Carlos de Dios Murias, el sacerdote Gabriel Longueville y el laico Wenceslao Pedernera fueron asesinados en 1976 por la dictadura militar -públicamente católica- que gobernaba la Argentina (1976-1983). Su compromiso con los más pobres en el norte argentino desató contra ellos la violencia suscitada por las calumnias de las autoridades militares ligados al poder económico local. El Beato Pedernera, muerto delante de sus hijos, les ordenó antes de morir: «¡No odien!»

variadas figuras que integran el colectivo conocido como Mártires de la Amazonía [41].

La opción por el pobre no es gratuita; conlleva una cruz que puede resultar realmente pesada. Sin embargo, es mucho más pesada la que cargan, en soledad y en perfecto anonimato, multitudes de niños, adolescentes, jóvenes, mujeres, hombres y ancianos. ¿Por qué este mundo le tiene tanto miedo a la pobreza? ¿Por qué entre los cristianos existen tantas prevenciones y miedos al servicio pastoral en favor de la organización de quienes la sociedad descarta? «¿Por qué, aun cuando las Sagradas Escrituras son tan precisas a propósito de los pobres, muchos continúan pensando que pueden excluir a los pobres de sus atenciones?» [42], incluso apelando al carisma fundacional. No estamos inmunes de caer en la trampa de alguna ideología de moda en nuestras regiones o en eslóganes que evitan -o citan parcialmente- el Evangelio para en realidad ir a esconderse detrás de un smartphone. Pero si por miedo caer no caminamos es posible que no caminemos nunca, nos recordaría tal vez el padre fundador. No nos está permitido separar la experiencia de la misericordia del servicio pastoral en favor de las personas que este mundo descarta.

Concluye Veráquin, en la mencionada carta a un hermano, recordando:

En nuestro ministerio, encontramos a muchas personas heridas, vulnerables y frágiles. Nosotros mismos lo somos. Como discípulos del Venerable Lanteri, cultivamos una espiritualidad de la bondad y de la misericordia de Dios. «Nuestro Padre es infinito en misericordia» [43]. «La característica de Jesús es la misericordia, la compasión. La característica de los hombres debe ser la esperanza. Promovamos, por tanto, ambas» [44].
La misericordia de Lanteri se manifestaba también en la atención que prestaba a los pobres y a los enfermos, así como

[41] El obispo Alejandro Labaka y la religiosa Inés Arango, asesinados en la Amazonía ecuatoriana en 1987 por proteger a los grupos indígenas del genocidio y expansión petrolera. La religiosa Dorothy Stang, muerta en Pará (Brasil) por su lucha en favor de la reforma agraria y contra la deforestación ilegal. El salesiano Rodolfo Lunkenbein y el laico Simão Bororo, muertos en 1976 por defender las tierras indígenas. A ellos se suman, entre otros, Chico Mendes, Bruno Pereira y Dom Philiips (Brasil), Edwin Chota y los líderes de Saweto (Perú).

[42] León XIV, Dilexi Te n. 23

[43] Pio Bruno Lanteri, Pre, 6201 c:74,4,2.

[44] Pio Bruno Lanteri, Asc, 2278 : T4, 16.

en la afabilidad que mostraba hacia todos. Estábamos plenamente de acuerdo en que en el centro de nuestra espiritualidad oblata se encuentra la misericordia en toda su amplitud. Por eso me sorprendió cuando me contaste que un hermano utilizaba un lenguaje duro y legalista en sus homilías. El Magisterio de los últimos Papas insiste con fuerza en la centralidad de la misericordia. Si te interesa, es muy bello el libro del cardenal Kasper sobre la misericordia, en el que desarrolla una teología de la misericordia como clave de la vida cristiana [45]. *Finalmente, coincidíamos también en que las cuestiones sociales y políticas no pueden ser ajenas a nuestra tarea de evangelización. En sintonía con el Magisterio de la Iglesia, nuestra misión promueve los valores de la vida, desde la concepción hasta su fin natural, así como los valores de la justicia social. Las tiranías políticas y económicas que hoy surgen en el mundo nos obligan a defender los valores democráticos. No parecías del todo convencido cuando te decía que también en nuestro mundo occidental estos valores están amenazados. Cuando se ponen en cuestión la separación de los poderes —político, económico, jurídico y cultural—, en particular la libertad de expresión, y cuando los poderosos dejan de respetar el Estado de derecho, el peligro es inminente. ¿No te parece? En cualquier caso, también en este campo encontramos en la enseñanza social de los Papas muchos puntos de referencia luminosos* [46].



[45] Walter Kasper, Misericodia. Concetto fondamentale del Vangelo. Chiave della vita cristiana.

[46] P. Patrice Veráquin omv, ib

Para concluir, llevemos la mirada a san Pablo quien, evocando la controversia en Jerusalén, asegura que todo terminó con un apretón de manos y el consejo de «que nos acordáramos de los pobres, lo que siempre he tratado de hacer» (Ga 2, 10). Al igual que Jesús, Pablo y tantos otros pasaron haciendo el bien; quiera el Señor que también cada uno de nosotros y toda nuestra comunidad vista en su conjunto seamos sencillamente recordados de la misma manera: los oblatos pasaron haciendo el bien y nunca se olvidaron de los pobres, los débiles y los sufrientes.

ACENTOS

«Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas,
y sin embargo, pocas cosas, o más bien, una sola es necesaria,
María eligió la mejor parte, que no le será quitada».
(Lc 10,41-42)

EN este capítulo, quiero proponerles algunos énfasis tanto para nuestra vida personal como para la comunitaria y pastoral. Son solo unos pocos acentos que no abarcan toda la vida ni todas las opciones, pero que tal vez puedan servirnos en este tiempo concreto y en cada Iglesia a la que somos enviados a servir.

Con ocasión del primer centenario de la fundación de la Congregación, el Rector Mayor Claudio Toesca ofrecía a los hermanos tres breves «resúmenes» que, vistos en perspectiva, nos sirven hoy a nosotros como «telón de fondo» en cuanto que siguen conservando toda su energía pastoral. En efecto, él señala que el «padre Lanteri propuso tres medios, muy válidos e infalibles, siempre que fueran utilizados con método y perseverancia:

1- La voz viva del misionero que, en las grandes ocasiones de misión y ejercicios —como voz de un nuevo profeta enviado por Dios a los pueblos— amonesta, amenaza, invita y convence.

2- La voz tranquila pero solemne del libro —de apologética, de piedad, de historia— que entra en todas partes, puede ser leído y meditado por todos, se insinúa, atrae, cautiva y persuade.

3- La voz del director espiritual, que desciende a las misteriosas profundidades del alma, la ilumina, la sacude, la sostiene y la guía entre las tormentas de la vida» [47].

Entonces, poniendo la mirada primero en lo personal, quisiera subrayar particularmente la oración y el discernimiento como búsqueda obediente de la voluntad del Padre.

En lo referente a las dinámicas comunitarias, (re)propongo la búsqueda del silencio y la quietud y el esfuerzo particular por evitar el aislamiento.

Por último, y en perspectiva pastoral, hago hincapié en la esperanza que se sostiene en la compasión, la misionariedad y la pedagogía ignaciana; la pastoral juvenil vocacional; la misión compartida con los laicos y la relación especial con nuestras hermanas.

[47] Cf. P. Claudio Toesca omv, Rector Mayor, Carta circular en el primer centenario de la primera aprobación del Instituto, 13 de noviembre de 1816 - 13 de noviembre de 1916.

Nunca insistiremos lo suficiente en la necesidad de cuidar y acrecentar la vida en el Espíritu. El papa Francisco, siempre que ha podido, ha pedido a consagrados y pastores que no abandonen la adoración; es decir, ese sencillo estar a los pies del Señor para escuchar su Palabra, como el cachorro que aguarda las migajas que caen de la mesa de su dueño. Recuerdo que, siendo postulante, el padre Julio Brugnoli me previno sobre la oración como tiempo de lectura o de estudio: «En realidad, es un momento de amor», me dijo.

La centralidad en la escucha de la Palabra del Señor [48] nos abre a una mejor capacidad de acogida, talla nuestro corazón de pastor y nos envía al servicio al modo de Jesús. El tiempo «gastado» junto a él es la médula del camino de aceptación e integración de nuestra fragilidad; nos libera de los narcisismos ocultos y nos vuelve pan blando para alimentar al pueblo.

Y si estás cansado o tentado, si te sientes alejado del Señor o demasiado encerrado en ti mismo, reconoce lo que eres, confiesa tu debilidad y «luego dirígete a la bondad infinita de Dios y clama sin cesar: el abismo de la miseria invoca al abismo de la misericordia. Sí, clama, clama ahora, de nuevo y una vez más repite: desde la profundidad de mis limitaciones, de mis luchas, de mi carga, clamo con gran confianza a las profundidades infinitas de tu amor, de tu misericordia, de tu compasión» [49].

Volver a las fuentes de la espiritualidad nos hace bien; nos vuelve sencillos y humildes. Siempre habrá una tentación rondándonos que halagará nuestra «madurez espiritual» con el único objetivo de evitar la oración simple, austera y desprovista de «fuegos artificiales» y búsquedas de nuevas sensaciones; esa misma tentación nos hará difícil también el diálogo espiritual con un guía y pondrá obstáculos -incluso culpas- para evitar confrontar nuestras mociones y opciones.

[48] «Yen la escucha del evangelio del día», insistía Julio Cura.

[49] Cf. P. Timoteo Gallagher omv, Si quieres paz en esta vida, Las Cartas Espirituales del Venerable Bruno Lanteri, 2025

2- ESCUCHAR, DISCERNIR Y OBEDECER

La capacidad de escucha se ensancha en la medida en que la capacidad de amar madura; porque ¿cómo podría escuchar a Dios, a quien no ve, quien no escucha a su hermano, a quien sí ve? (cf. 1 Jn 4, 20). Por eso, el corazón que no escucha se endurece (cf. Sal 95, 7-8) y se incapacita para el discernimiento, que nunca es individual, sino personal y eclesial. Por más que debamos tomar decisiones muy íntimas, estas nunca maduran al margen de una comunidad concreta. El oído abierto es la premisa para encontrar y concretar el sueño del Padre en la vida de cada uno de nosotros y de todos nosotros juntos.

En ese marco de búsqueda común del querer del Padre se inscribe la obediencia. También aquí -y perdón si puede parecer una obviedad reiterada- podríamos parafrasear la premisa joánica sobre el amor y corroborar que la obediencia al Padre que no se encarna en una comunidad fraterna real corre el riesgo de ser, al menos, ilusoria; sin embargo, en la cotidianidad vemos que son muchos los consagrados que prefieren discernir al margen de su comunidad, tal vez imaginando que así «obedecen a Dios antes que a los hombres» (cf Hch 5,29).

A modo de ejemplo, poco tiempo atrás el superior general de una congregación española compartía el estupor que siente al verificar la barrera infranqueable con la que se encuentra a la hora de intentar acompañar el discernimiento de los hermanos, particularmente de los que desean dejar el Instituto. Él aseguraba no comprender una dinámica muy precisa: la familia religiosa que sostuvo el discernimiento vocacional de los hermanos no es estimada capaz de estar -o efectivamente no esté- a la altura del discernimiento en tiempos de crisis [50].

[50] Este general lamentaba que en estos contextos suelen contaminarse las figuras del director espiritual, y del confesor; y la del obispo que aparecerá en el horizonte a (querer) resolver al problema.

El servicio de la autoridad no siempre ejercido según el espíritu del evangelio -y por lo que ya hemos pedido perdón- no invalida la invitación constante del Señor a la identificación personal con él que se hizo «obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8). Esa es la obediencia difícil; y es difícil porque es aceptada.

El «sí» confiado, madurado, nos introduce en nuestro propio Getsemaní, donde discutiremos mano a mano con el Padre.

El «sí» entregado -aunque sea pequeño y endeble- nos convierte en interlocutores y «socios» del Dios que ama profundamente este mundo y solo tiene designios de salvación para él.

3- HACER SILENCIO

He oído de muchos hermanos el deseo de actualizar el viejo binomio «silencio y recogimiento», no tanto con el objetivo de sustituirlo por otro mejor y enviar este definitivamente al altillo de las cosas viejas, sino más bien para recuperar toda su novedad y potencia en un mundo en el que las relaciones mutuas están atravesadas por el ruido de la tecnología y la distracción que adormece.

Es verdad, es urgente recuperar el pudor del silencio y de la quietud para cada uno personalmente y para nuestros modos de vincularnos. Nos toca transitar una época en la que se habla mucho y se comunica poco. Conocemos todos los detalles del mundo y de las personas en el instante mismo en que las cosas suceden; pero no tenemos -no podemos tener- suficiente capacidad humana para digerir todo eso que consumimos pero que, en realidad, no alimenta.

Además, los consagrados -y muy especial los que ejercemos el ministerio de la reconciliación- debemos cuidar muchísimo lo que decimos, lo que callamos, lo que consumimos y producimos. Estamos atravesados por un silencio que nos vuelve confiables; y tal vez por eso mismo recuerda sin disimular que el Padre es misericordioso.

Ese silencio se transparenta muchas veces en las pocas palabras, pero por sobre todo se hace presente en una conciencia serena. Palabra y silencio son formas de comunicar que se entrecruzan equilibradamente entre sí. Son formas de estar en el mundo, porque los consagrados estamos hechos de la Palabra y del Silencio del Padre.

4- EVITAR EL AISLAMIENTO

Las tecnologías -lo dijimos recién- forman parte estructural de nuestras relaciones; funcionan como una mediación casi obligatoria sin la cual muchos no encuentran la manera de entrar en diálogo con el otro. Sin embargo, constatamos que «la comunicación digital acentúa el aislamiento. Se da la paradoja de que los medios sociales socavan lo social, erosionan la cohesión social. El contacto sustituye a la relación; no tenemos trato, vivimos en una sociedad en la que no nos tratamos porque, a diferencia del trato, el contacto no crea proximidad. La relación con el otro se echa a perder cuando el otro, que para nosotros era un "tú", se ha degradado en un "ello", en un objeto que ya solo satisface mis necesidades y mi ego. Una vez que el otro ha quedado reducido a un mero reflejo mío, pierde su diferencia y su alteridad. La sociedad se vuelve entonces cada vez más narcisista, se pierden las relaciones y el trato, y la angustia se hace más intensa» [51].

Es necesaria la pedagogía del buen trato, capaz de crear encuentro verdaderamente humano sin intermediaciones. El tiempo que dedicamos a estar con alguien nos vuelve dichosos y pone de relieve que el otro lleva en sí una luminosidad que solo se percibe desde cerca y con tiempo, en silencios compartidos y con mucha escucha. Tal vez, más que nunca, debamos ser artesanos de amistad y aceptar que la intergeneracionalidad y la interculturalidad son ese bello testimonio que manifiesta la posibilidad de construir una realidad mejor y que el corazón del mundo puede latir por motivos mejores. Entonces, recién allí cuando se pone al servicio de la cultura del encuentro la mediación digital encuentra su norte.

Recuperar el diálogo requiere mucha docencia. Ya lo sabemos, hablar no siempre significa estar dialogando. Y tampoco esto es sencillo, porque el valor de la palabra ofrecida con la intención de buscar acuerdos fue sustituido por la imposición de argumentos sostenidos por la agresión y el maltrato. Comunicar es mucho más que hablar y crear espacios de diálogo lo es más aún.

[51] Cf. Byun-Chul Han, El espíritu de la esperanza, Herder, 2024

5- SOSTENER LA ESPERANZA

En nuestro servicio pastoral cotidiano vemos que muchas veces la esperanza se renueva en el corazón de tantas mujeres y hombres que viven en medio de dificultades y amenazas. Ayudar a sostenerla, sin camuflarla en optimismos, es posiblemente uno de los mejores servicios que podemos ofrecer. Porque la esperanza «agudiza nuestros sentidos para percibir lo que aún no existe, lo que aún no ha nacido, lo que apenas despunta en el horizonte del futuro. Es la partera de lo nuevo; es una fuente interior de dinamismo y actividad. Más allá del mero ajetreo, la esperanza nos inspira para la brisa que nos trae el frescor de lo nonato» [52].

Tanto en el silencio del confesionario o del acompañamiento espiritual, como en el fragor del púlpito, la esperanza –«partera de lo nuevo»– se renueva en el perdón y en la compasión. Cualquier persona, incluso el más violento de los seres humanos que experimente una real clemencia, puede descubrir que existe una nueva oportunidad que solo un amor gratuito es capaz de crear.

«Había un moralista en Turín que Lanteri seguramente conoció, Alasia, que había escrito un tratado de moral sobre el cual se formó la mayor parte del clero piamontés de esa época. Decía que "la experiencia nos enseña que el mejor modo para alejar a estos hombres del pecado era difiriendo la absolución". Y no es verdad: la experiencia dice justamente lo contrario. Lo mismo decía el obispo de Foligno: "el mejor remedio para reducir el número de los pecados es ser muy severos en la confesión y no dar la absolución hasta no estar seguros de la conversión". El resultado es totalmente negativo y fue una línea que se mantuvo por mucho tiempo. Uno de los grandísimos méritos de Lanteri es haber sido el modelo de la sentencia contraria» [53].

[52] Byun-Chul Han, ib

[53] Giacomo Martina sj, El contexto histórico de la acción evangelizadora de Lanteri, Lanterianum 1994-1

En ese sentido se comprende todavía mejor la irrenunciable insistencia del papa Francisco: perdonar siempre y todo.

Es más: el oblato, al excusar, decide contemplar el corazón humano con la misma actitud con la que el Altísimo justifica al publicano en el templo o abraza al crucificado en el instante último, a la vez que se hace abogado de la conciencia acusada por el maligno (cf. Lc 18, 9-14; Ap 12,10).

Las energías que todos ponen en sus comunidades son realmente notables; a veces sentimos que se nos pide mucho, incluso en medio de incomprensiones y poco reconocimiento; pero no podemos olvidar que el Señor nos agradecerá mucho el haber cuidado con amor a un pequeño rebaño que no nos pertenece. «Los esfuerzos y las incomprensiones, sin embargo, pueden ser también ocasión de reflexión sobre los desafíos pastorales que debemos afrontar. En particular, en lo que respecta a la relación entre iniciación cristiana y evangelización, necesitamos un claro cambio de rumbo; en efecto, la pastoral ordinaria está estructurada según un modelo clásico que se preocupa, ante todo, por garantizar la administración de los sacramentos. Pero tal modelo presupone que la fe es transmitida también por el ambiente circundante, tanto por la sociedad como por el entorno familiar. Por ello, es urgente volver a anunciar el Evangelio: esta es la prioridad. Con humildad, pero sin dejarnos desanimar, debemos reconocer que parte de nuestro pueblo bautizado no experimenta su pertenencia a la Iglesia, lo cual nos invita a vigilar sobre una "sacramentalización" sin otras formas de evangelización. En este contexto, la iniciación cristiana necesita ser revisada: es necesario experimentar otras modalidades de transmisión de la fe, fuera de los caminos clásicos, para intentar involucrar de manera nueva a los niños, a los jóvenes y a las familias» [54].

En esa perspectiva, dos hermanos me hablaban de la iniciativa misionera en su parroquia con ocasión del aniversario. Otro, con la buena excusa de las fiestas patronales, celebra la novena en medio de las casas donde la gente se reúne fácilmente. Otro se reúne a orar en la peluquería del pueblo. Estoy seguro de que cada uno de nosotros podría hacer un listado de iniciativas que lleva a cabo en su propio lugar de misión, teniendo en cuenta siempre las coordenadas culturales. Para muchas personas, esa es la única posibilidad de encuentro con los oblatos y con el Señor Jesús, lo que siempre significa un momento de alegría.

[54] León XIV, Discurso al clero de Roma, 19 de febrero de 2026.

Cualquier ocasión es buena para que la creatividad pastoral se renueve y salga al encuentro de quien no se siente vinculado -por las razones que fueren- con la comunidad cristiana. La evangelización, la nueva evangelización y la catequesis son modos diversos de anunciar el Evangelio y, por lo tanto, exigen métodos diversos [55]. El error que más habitualmente cometemos, particularmente en Iglesias de larga cristiandad, es aplicar métodos catequísticos donde claramente se necesita una pedagogía más ligada a la evangelización.

Y es en esa perspectiva que no podemos perder de vista las diversas formas de agrupación no estrictamente «parroquiales o católicas», donde sin embargo podemos converger con muchas familias y tantísimos jóvenes: el club y el mundo deportivo, la cultura y el arte, la política y los derechos humanos, el maravilloso y complejo universo educativo, las agrupaciones laborales, los centros de recuperación de adicciones y consumos problemáticos, etc.

Cuando antes hablábamos de tecnologías y digitalidad nos referíamos a los aspectos personales, pues nos valemos de ellas para crear comunión y encuentro.

Desde el punto de vista de la evangelización, este campo es realmente enorme y hermoso. El desarrollo y actualización constantes hace que para muchos se torne difícil encontrar impostaciones pastorales que perduren en el tiempo. También aquí es importante no equivocar el método, de modo que la fugacidad del ecosistema digital no conspire contra la belleza perdurable del evangelio anunciado en plataformas virtuales.

Para concluir con este acento, quiero mencionar algo muy sabido y experimentado por muchos: y es que en el presente ya no podemos hablar más de «tierras de misión» con el sentido que esta expresión tenía en el pasado.

Cualquier nación, en especial las de antigua cristiandad, es hoy tierra de misión. Sin embargo, en las regiones pobres y castigadas por las violencias, el evangelio y el evangelizador son caricias de Dios para el pueblo cuya vida está siempre bajo amenaza.

Es el caso de la Iglesia en Nigeria, una comunidad mártir y perseguida, cuya «cantidad» de vitalidad y entrega gozosa sigue siendo mayor que la violencia que regularmente se desata contra ella.

[55] Juan Pablo II, Redemptoris Missio n.33

Y es por eso mismo que, como muchos me vienen escuchando hace tiempo, sigo insistiendo con la invitación a seguir creciendo en el continente africano en dirección a la región francófona, además de buscar nuevas estrategias para retornar a la India. Son locuras o ambiciones mías tal vez, o casi seguro que sí lo son. Soy muy consciente de la escasez de recursos y de las prevenciones respecto a nuevos horizontes. Sé también que los espíritus suelen inquietársenos cada vez que somos invitados a ponernos en movimiento hacia lo que no manejamos o no podemos controlar del todo. Sin embargo, sigo dejando la invitación abierta.

7- LA PEDAGOGÍA IGNACIANA

En la Congregación, la experiencia de los Ejercicios Espirituales es bastante desigual. Aún así, creo que estos siguen siendo para muchos la inspiración de sus predicaciones, conferencias y acompañamiento espiritual. La plasticidad metodológica de los Ejercicios favorece su apertura a cualquier situación en la que las personas se encuentren; no obstante, me gustaría subrayar solamente la centralidad del discernimiento, particularmente como hilo conductor de todo acompañamiento espiritual.

En la actualidad, la vieja «dirección espiritual» ya no está circunscrita al sacerdote o al religioso; también religiosas y laicos son grandes compañeros en el espíritu de quienes quieren buscar y hallar la voluntad de Dios. Dicho de otra manera, y sin entrar en las causas, constatamos que en muchas Iglesias -no solo en las de antigua cristiandad- los cristianos -y no solo los cristianos- no acuden necesariamente al sacerdote, sino más bien al sabio. Junto a esta búsqueda convive aquella otra realidad -la mencionamos al pasar al hablar de las tecnologías- en las que cualquiera puede ofrecer respuestas a todos y a cualquier problema, en videos de treinta segundos, producidos y publicados sin demasiada responsabilidad sobre sus consecuencias reales en la vida de las personas.

El ejercicio de la paternidad en el espíritu es un precioso don carismático que, vivido con paciencia y compasión, es validado por el Pueblo de Dios. Un ejemplo es el ministerio de la escucha -con diversos nombres y modalidades según la región- que, conformado por presbíteros, consagrados y laicos, se pone al servicio de quienes buscan realmente al Señor.

Es deseable que cualquier comunidad lanteriana sea un centro donde resulte fácil encontrar al Señor porque, más allá de los servicios religiosos comunes, allí se hallan personas confiables que, con tiempo y suficiente cariño, están dispuestas a acompañar pedagógicamente a quienes el Señor busca, llama y congrega.

8- PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

Reconozco que, tal vez para muchos hermanos, este siga siendo uno de los temas más difíciles de tratar. Debido a malas experiencias pasadas, a motivaciones ajenas a la eclesialidad o a resultados exiguos, la pastoral vocacional se ha convertido para muchos en una utopía sin horizonte. Aun así, debemos poner el acento en ella, sin asustarnos por la gran diversidad cultural y de criterios que afecta especialmente a una congregación pequeña como la nuestra.

Cada región debe organizarla de modo ordinario, tal como se planifica la pastoral al comienzo de cada año. Muchos ya lo hacen. Los criterios debemos pedírselos al propio carisma, porque todo anuncio vocacional surge también de allí, recordando siempre que la Iglesia crece por atracción, porque es Cristo quien nos atrae a todos hacia sí [56].

Para salir al encuentro de las dificultades, me permito evidenciar dos posibles tentaciones que suelen merodear comunidades y diócesis y que podrían empantanarnos y desanimarnos:

Una es el desinterés disfrazado de confianza. Es aquella que da por seguro que el Señor enviará a los jóvenes cuando él decida, argumentando que «en el pasado no había pastoral vocacional y no faltaban vocaciones». Como toda tentación, esta también confunde elementos y crea parálisis; y a la vez, abandona a la inciativa individual lo que debe ser comunitario. Siempre alguien ocupará con sus propios criterios el espacio vacío que dejó la comunidad, lo que suele salir bien en contadas ocasiones. Se sale de esta tentación con una programación integral que estipule objetivos, herramientas, roles y evaluaciones periódicas.

[56] Cf. Benedicto XVI, Discurso inaugural de la V Conferencia del CELAM en Aparecida, 2007.

Otra es el alternativismo disfrazado de paternidad espiritual. Se refiere a formas de reclutamiento que aprovechan las estructuras en funcionamiento -congregación, diócesis, movimiento- pero que en realidad ligan a los candidatos más bien a la persona que recluta por causa de una cierta legitimidad espiritual [57]. Y así, con la excusa de no asfixiar los ideales juveniles en estructuras caducas, se crean itinerarios paralelos que ya no vinculan a la totalidad, sino a uno o varios individuos dependientes entre sí con el agravante de que para conseguir estabilidad en el tiempo a veces se debe apelar a la manipulación de las conciencias [58]. Se previene -perdón por la insistencia- con una programación transparente para todos, que defina claramente los objetivos y roles.

[57] En las últimas décadas, hemos visto diócesis con dos seminarios, uno de ellos más al servicio del «padre fundador - madre fundadora» que de la diócesis. Algo similar sucedió con muchos nuevos movimientos religiosos.

[58] Fue llamativa la actitud de algunos consagrados que, durante el Jubileo de la Vida Consagrada de octubre de 2025, aún estando en Roma, prefirieron reunirse separadamente en vez de congregarse en las convocatorias comunes.

9- LA AMISTAD LAICAL

Hace pocos días, un hermano párroco me decía que veía con mucha claridad la concreción del espíritu de las Amistades en la parroquia que le toca animar hoy. La gente se reúne semanalmente, mantiene una regularidad sacramental y se conoce entre sí; muchos participan activamente en los servicios parroquiales, particularmente en el de la caridad, a la vez que dedican un buen tiempo a su formación espiritual. Nuestra conversación profundizó en el desafío de la amistad como herramienta pastoral, tan querida por el Fundador.

Han pasado más de veinte años desde que el padre Patrice Veráquin publicara la «Carta a los amigos y colaboradores de los Oblatos de la Virgen María». En estas dos décadas, el mundo, la Iglesia y la Congregación han cambiado profundamente.

Sin embargo, en una cultura que parece querer desembarazarse de las estructuras, sigue en pie la pregunta esencial que debe guiar nuestras reflexiones: ¿de qué manera el carisma lanteriano, vivido por nosotros en la forma de vida sacerdotal y religiosa, es experimentado también por los laicos en su propia forma de vida laical? Nuestro objetivo no es atraer a los laicos hacia nosotros, ni siquiera hacia Lanteri, sino poner al servicio del laicado un don que hemos recibido y en el que creemos, para poder seguir mejor a Cristo y anunciar más eficazmente su Reino [59]. La familia lanteriana encuentra mejores lazos de cohesión en su interior porque es eclesial a la vez que sirve mejor porque cada uno lo hace según su vocación específica.

La misión compartida es el camino que muchas familias religiosas han profundizado al descubrir que, en el servicio colaborativo, las diversas vocaciones de la Iglesia se expresan mejor. En esta interacción, nadie se desentiende del otro, sino que todos se sostienen mutuamente en las exigencias propias de su estado de vida. Por eso, la clave no está tanto en la multiplicación de las normativas, sino más bien en ese constante retorno a las fuentes de toda vida cristiana

[59] Cfr. Carta a los Oblatos sobre nuestra relación con los laicos, 21 de noviembre de 2004, Lanterianum 2005-1.

con su consiguiente y adecuada adaptación a las cambiantes condiciones de los tiempos.

Y en este sentido, nuestra familia religiosa está invitada a redescubrir el rol del hermano coadjutor como puente entre la experiencia carismática clerical y la forma de vida laical. La Iglesia ha dado pasos consistentes en la recuperación y resignificación del rol del coadjutor.

La Iglesia define al hermano no por lo que «hace» o por lo que «no es» (no ser sacerdote), sino por su ser profundo: una memoria viva de que todos los cristianos somos, ante todo, hermanos [60]. Su vocación es un signo profético que rompe con el clericalismo, recordando que el servicio y la igualdad radical de los bautizados son el corazón del Evangelio.

El del hermano es un estado de vida completo, necesario y complementario para la armonía de nuestra comunidad.

[60] Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Identidad y Misión del Religioso Hermano en la Iglesia, 14 de diciembre de 2015.

10- CON NUESTRAS HERMANAS

Las Hijas de San José y las Oblatas de María Virgen de Fátima son un regalo que el Señor y la Iglesia nos han ofrecido, y que seguimos agradeciendo. Nuestras hermanas son fuente de alegría, una bella razón para vivir cotidianamente una hermandad tan real como sencilla y una oportunidad para servir en comunión y cercanía pastoral.

Más allá de la relación formal que las tres instituciones debemos continuar cultivando —y lo estamos haciendo con verdaderos deseos de crecer juntos—, existe ese otro vínculo sostenido en la misión pastoral de las distintas comunidades religiosas en un mismo territorio.

Porque, ante todo, somos hermanos; y esta sola realidad merece ser celebrada. Como todos los hermanos en la Iglesia, también nosotros necesitamos volver a las fuentes de la comunión que nos reúne, pidiéndonos perdón cada vez que sea necesario para ponernos en un camino de colaboración fraterno-sororal y así confluir, cada vez más, en la misión compartida al servicio del santo pueblo fiel de Dios.

Con nuestras hermanas oblatas, también nosotros hacemos de nuestra vida una oblación total y perpetua para la gloria de Dios. Y a san José, junto con las hijas del venerable padre Felice Prinetti, le pedimos la fe, la unión afectuosa con Jesús y María, la obediencia pronta y serena, la laboriosidad, el silencio y la humildad.

CONCLUSIÓN

«Mujer, aquí tienes a tu hijo»
«Aquí tienes a tu madre».
(Jn, 19,26.27

AL llegar a esta última página, solo quiero agradecer el tiempo que has dedicado a leer y a escuchar interiormente. Más allá de esta lectura, quiero agradecer al Señor y agradecerte a ti mismo tu entrega cotidiana al servicio del Reino. Fuiste puesto, por puro amor, en las manos de la Madre para que ella te lleve a Dios. Todo pasa por sus manos; todo está custodiado por su mirada.

Yo no sé si rezas el rosario a veces, todos los días o nunca; ni si tienes su imagen entre tus cosas personales. He aprendido que no se debe invadir con preguntas en eso que sucede en la conciencia del otro, porque allí habita un misterio que pide respeto y mucho silencio. Pero sí sé -estoy seguro- que cada uno de nuestros nombres -desde el más santo hasta el más frágil, individualizados perfectamente, claros y distintos- está siendo pronunciado por sus labios amorosos y habitamos en el sonido de su voz serena.

Cuando estés, entonces, celebrando tu propio Caná de Galilea, no te preocupes por otra cosa: ella piensa en ti y se hará cargo de tus carencias. No te faltará el buen vino, no lo dudes.

Y cuando te toque sostenerte en pie y soportar la cruz, no te inquietes: ella piensa en ti y se hará cargo de tus fragilidades y miedos. No te faltará el consuelo, basta que no dudes. Y la recibirás en tu casa, como tuya; te recibirá en la suya, suyo.

La invocamos con la oración que hemos aprendido e hicimos nuestra, que hemos adaptado, corregido innumerables veces y aun así seguimos repitiéndola a diario:

Virgen Madre,
conserva, acrecienta y haz fecunda de bien
la obra de tu Congregación.

Madre amorosa,
extiende tu manto celeste
sobre cuantos hoy se glorían
de llevar el nombre de Oblatos
de la Virgen María.

Madre de la Gracia:
envía nuevos postulantes a nuestra comunidad;
sonríe con ternura materna a nuestros queridos novicios;
guía en la formación a los profesos;
sostén en las dificultades del apostolado a los padres;
que sea suave y humilde el cotidiano trabajo de los hermanos coadjutores;
da paz y reposo eterno a nuestros queridos difuntos;
recompensa a nuestros bienhechores y colaboradores;
y bendice en particular al Rector Mayor.

Y a todos nosotros
haznos santos, pronto santos, grandes santos.
Amén.





Oblatos de la Virgen María

Curia General

Viale Trenta Aprile 17 - 00153 - Roma - RM - Italia